

La Gran Rebelión Judía (66-74 d. C.): Táctica y técnica de asedio romano

Marcos Uyá Esteban

La historia del pueblo judío durante la antigüedad, estuvo marcada por la dominación de civilizaciones exteriores, desde el Imperio asirio, pasando por el babilónico, el persa, el macedonio, ptolemaico, seleúcida y finalmente el romano. El comienzo de la dominación romana en Palestina, coincide con las últimas décadas de la república, en un momento en el cual, ésta se desgarraba en interminables luchas civiles, que sin embargo, no disminuyeron ni un ápice sus ansias expansionistas.

En este contexto, y hacia los años 68-67 a.C., estallo en Judea, dentro de la órbita de Palestina, una guerra civil que enfrentó a Hicarno y a su hermano Aristóbulo, por la disputa del trono, que entonces era posesión de Hicarno. Roma, que desde ya hacía mas un siglo había puesto sus miras hacia Oriente, aprovechó el desconcierto emergente y por medio de la figura de Pompeyo el Grande, quien se metió en el conflicto a petición de ambos contendientes para dirimir la disputa, no solo como mediador, vio la ocasión para sacar tajada en forma de conquista romana, gloria militar y grandes riquezas. Finalmente, en el 63 a. C, Pompeyo tomó Jerusalén y Judea se convirtió en provincia romana, bajo la supervisión de Siria. No obstante, ese dominio no fue del todo completo, ya que a los judíos se les permitió que administraran sus propios asuntos aunque los romanos elegían o ratificaban oficialmente los nombramientos de los gobernadores. En cuanto a los contendientes, a Hicarno se le ratificó como Sumo Sacerdote pero no mantuvo su título real y Aristóbulo trató vanamente de recuperar el trono pero le fue imposible. En el 47 a. C., Hicarno a través de Julio César fue nombrado etnarca¹, pero entonces el poder estaba en manos del primer general de Hicarno, Antípatro, que a la sazón era procurador de Judea. Los siguientes diez años, estuvieron marcados por luchas frecuentes provocadas por Aristóbulo, empeñado en recuperar el trono, que finalmente lo pudo conseguir para uno de sus hijos, Antígono, con el apoyo de los partos² que habían ocupado la región, pero entretanto, Herodes, hijo

¹ En época romana se refiere a aquellos gobernadores de los reinos vasallos orientales, que no llegaban a la categoría de reyes o monarcas.

² Los partos fueron una tribu seminómada procedente del sureste del Mar Caspio, pertenecientes a los escitas, que fundarían un Imperio en lo que hoy es la actual Irán hacia el siglo III a. C., bajo el reinado de Arsaces, creador de la dinastía Arsácida, tras derrotar al Imperio Seleúcida que a su vez se había creado tras la muerte de Alejandro Magno. En su máximo apogeo alcanzaron en el oeste hasta Siria llegando a la frontera este del Imperio Romano, mientras que en el este toparon con el límite noroccidental de la India. Con Roma, mantuvo una rivalidad durante siglos por las fronteras de Siria, Armenia y Mesopotamia, destacando los episodios de la batalla de Carras en el 53 a. C., donde el triunviro romano Marco Licinio Craso perdió más de 20 mil hombres y con Trajano, a principios del siglo II d. C., que a pesar de conseguir grandes victorias contra los partos, no logró aniquilar por completo su imperio a pesar de conquistar su capital Cesifonte. El final del Imperio Parto sobrevino con el advenimiento de una dinastía, los Sasánidas, en el 224 d. C., desbancando a Partia como identidad política y creando de nuevo un Imperio Persa, que subsistiría hasta el siglo VII d. C., con la llegada de los árabes.

de Antípatro, que había sido reconocido rey de Judea con el apoyo de Marco Antonio y Octavio, consiguió expulsar a los partos, asesinó a Antígono en Antioquía, y se quedó como único rey.

Durante los años siguientes, del 37 al 4 a. C., Judea estuvo gobernada por el rey Herodes, y bajo su mandato, el sumo sacerdocio quedó reducido hasta poco más que una función ceremonial sometida a su autoridad y el Sanedrín³ quedó privado del poder político y reemplazado por un nuevo Consejo Real. En cuanto a política exterior, fue bastante hábil, situándose en el bando correcto cuando realmente convenía, caso de las luchas entre Octavio y Marco Antonio en donde al final se alió con el bando ganador, en este caso de Octavio. También fue un óptimo administrador, destinando el dinero a construcciones notables y obras públicas, caso de la reconstrucción del Templo de Jerusalén a partir del 19 a. C., imitando el anterior Templo de Salomón pero dotándolo de algunas estatuas romanas y de un águila de oro encima de la puerta principal que constituirían una auténtica ofensa para los judíos, que se convirtió en un centro de difusión del saber judío y un nuevo foco religioso no solo para los judíos de Judea, sino de todas partes del Imperio, lo que proporcionaba una buena interacción entre los distintos círculos del país, que tuvieron la oportunidad de asimilar e intercambiar nuevas ideas, si bien a veces se convertía en el lugar propicio para originar en ciertas ocasiones alborotos, tumultos multitudinarios e incluso algunas revueltas. Posteriormente, se ocupó de la construcción de varios palacios-fortalezas como Herodión, que sería su residencia de verano y Masada, que jugarían más tarde un papel preponderante en la Gran Rebelión Judía. También construyó para él mismo, una soberbia residencia llena de abundantes frescos y rodeado de jardines extraordinarios en Jericó para pasar el invierno. Pero como todo gobernante, tuvo su lado oscuro, porque el pueblo nunca lo vio como el verdadero rey, sino como un títere en manos de los romanos, y en ocasiones hubo revueltas hacia su persona que fueron reprimidas duramente.

A su muerte, acaecida el 4 a. C., el reino de Judea se dividió entre tres de sus hijos, Arquelao, Herodes Antipas y Herodes Filippo, de los que ninguno llevaba el título de rey simplemente porque Herodes no lo precisó en su testamento. Fue Octavio Augusto quien tuvo que dirimir las aspiraciones de los tres hijos que optaban a la sucesión de su padre. Finalmente a ninguno le restituyó la realeza, sino que a Arquelao se le nombró etnarca de Judea, Idumea y Samaria, Herodes Antipas fue tetrarca de Galilea y Perea y por último a Herodes Filippo se le nombró tetrarca de las regiones de Gualatínida, Batanea, Tracotínida y Auratínida. Durante el tiempo que gobernó Arquelao en Judea, la región fue testigo de diversas revueltas, como la del 4 a. C., en la que aprovechando

³ Especie de aristocracia sacerdotal pero también laica a cuya cabeza se situaba el Sumo Sacerdote con cargo hereditario hasta tiempos de Herodes, que presidía el Gran Sanedrín, compuesto de 71 miembros, frente a otro más pequeño de 23, y el llamado Jefe del Templo. El Sumo Sacerdote y los sacerdotes principales se encargaban de la administración de los asuntos del Templo, supervisados por las autoridades romanas y los gastos, como sacrificios, fiestas, conmemoraciones o mantenimiento, se cubrían con los fondos de la tesorería, los cuales eran repuestos con las contribuciones de todo el territorio de Palestina y de los judíos que habitaban fuera de ella, pagando medio siclo, además de otras donaciones que provenían especialmente de los judíos de Alejandría que acrecentaron de manera importante el esplendor exterior del Templo.

la ausencia del nuevo rey que viajaba a Roma para refrendar su posición, Judea estalló en armas e hizo intervenir a Publio Quintilio Varo⁴, gobernador de Siria, para sofocarla. Posteriores revueltas tanto hacia las autoridades romanas como al nuevo soberano hicieron que Augusto lo destituyera y lo desterrara a la Galia. En ese mismo momento, Judea pasó a depender directamente de la administración romana, concretamente del gobernador de Siria, quien a su vez delegó el gobierno de la región a una serie de procuradores⁵, exceptuando el breve interregno del “rey” Agripa I (41-44 d. C.), nieto de Herodes. Esta nueva administración, solicitada por los mismos judíos, hartos de los gobernantes nativos, se tornó pronto tediosa y además turbada por una serie de acontecimientos que enraizaron el ambiente. El principal de ellos, fue el punto de vista religioso. Roma, como en todas las naciones que conquistaba, respetaba el culto local, pero en esta ocasión, el respeto era solamente formal y exigía de los judíos que adorasen a las estatuas dedicadas a los emperadores o acudiesen a los desfiles dedicados a alguna divinidad. Esto provocaba las iras de los judíos que se sentían gravemente ofendidos por que no se les respetaba sus creencias y también por la torpeza de los procuradores romanos, desconocedores del culto judío, que en numerosas ocasiones ejercieron sus funciones de manera autoritaria y a veces represiva, siendo incluso corruptos enriqueciéndose a costa del bien público y de los abusivos impuestos.

Con estas premisas, no era de extrañar que hubiera desórdenes y revueltas apareciendo grupos de resistencia armada como los comandados por un tal Judas de Galilea en los años 6 y 7 de nuestra era, a raíz del censo hecho en Palestina llevado a cabo por el gobernador de Siria, Sulpicio Quirino, con el llamado “impuesto personal o impuesto

⁴ Publio Quintilio Varo nació en Cremona hacia el año 47 a. C. Inició su *cursus honorum* en el 22 a. C., siendo cuestor. Cónsul en el 13 a. C., se ganó los favores imperiales gracias a su matrimonio con la hija de Marco Vipsanio Agripa, Vipsania Marcela, que a su vez era nieta de Augusto. En el año 4 a. C., siendo gobernador de Siria, tuvo que sofocar un levantamiento como consecuencia de la muerte de Herodes el Grande. Después de su periplo en Siria, vuelve a Roma contrayendo de nuevo matrimonio con Claudia Pulcra tras la muerte de su primera esposa. En el año 7 d. C., es enviado a *Germania Magna* como gobernador de rango pretorial tras haber sido añadida al Imperio y pacificada por Tiberio, Druso y Germánico en las campañas anteriores, pero su gobierno imprudente y déspota le granjearon muchas antipatías entre la población recién sometida, que veía como sus métodos de romanización eran demasiado expeditivos. En el 9 d. C., informado de una revuelta entre varios príncipes germanos al oeste del Rin que resultó ser una farsa, Varo y sus legiones, la XVII, XVIII y XIX, junto con tres *alae* de caballería y cinco cohortes, se internaron junto con el querusco Arminio, hombre de confianza de Varo, hacia los bosques del interior de Germania atraídos hacia una trampa preparada por el propio Arminio. En medio de la selva de Teutoburgo, donde los romanos tenían clara desventaja por lo abrupto del terreno y con la imposibilidad de desplegar sus legiones, fueron sorprendidos y masacrados por miles de germanos que les esperaban en lo más profundo del bosque. La derrota fue tan severa que Varo acabó suicidándose y las legiones XVII, XVIII y XIX jamás fueron de nuevo izadas en los portaestandartes. La consecuencia fue el retroceso de la frontera romana al Rin y el abandono de los territorios comprendidos entre el Rin y el Elba.

⁵ Judea y Palestina, cuya situación política no difieren entre sí, no fue incorporada a la provincia de Siria, donde mandaba un gobernador de rango senatorial llamado *legatus Augusti pro praetore* (propretor), mientras que en Judea, el gobernador era de rango ecuestre, con el nombre de *praefectus* (prefecto, cuyas atribuciones eran militares), que desde el interregno de Agripa I, ya en el reinado de Claudio, pasó a denominarse *procuratores* (procurador), una especie de funcionario de la Hacienda pública, si bien sus funciones militares, judiciales y fiscales eran similares a las del *praefectus*.

del censo” que afectaba a todos los hombres de 14 a 65 años y las mujeres de 12 a 65 años. A pesar de su valor, estos grupos eran rápidamente aniquilados. La consecuencia inmediata de estos movimientos es que cobraron protagonismo algunos grupos tales como los fariseos⁶ y zelotes⁷ y posteriormente los sicarios⁸ (*sicarii*), que provenían de estos últimos. Es más, poco más tarde, el mismo Jesús de Nazaret fue denunciado por las autoridades judías ante Poncio Pilato como agitador social por hacer valer sus pretensiones mesiánicas y llevarse a toda la muchedumbre a su lado.

En definitiva, en estos años, los levantamientos locales de unos y otros grupos fueron una constante, especialmente en época de Calígula (37-41 d. C.), levantamientos que, por lo general motivados por connotaciones religiosas referidas al culto imperial, duraban poco y eran reprimidos con celeridad, pero bastaba cualquier pretexto para que estas revueltas locales degenerasen en sublevación general, sublevación que ocurriría en el año 66 d. C., por causas que más tarde se explican, conocida como la Gran Rebelión Judía, que sacudiría los cimientos del dominio romano en la zona no solo en la provincia, sino en el resto de Palestina.

I. FUENTES CLÁSICAS PARA EL ESTUDIO DE LA GRAN REBELIÓN JUDÍA

El principal testimonio clásico, que no el único, donde podemos encontrar todo el desarrollo de la Gran Rebelión se encuentra en la obra *La Guerra de los Judíos* (*Bellum*

⁶ Los fariseos constituyeron dentro del Sanedrín una facción muy importante y eran expertos en interpretar la *Torá*. En el ámbito político mostraron su oposición respecto a las autoridades romanas aunque sin llegar a la altura de los zelotes. En lo religioso, creían en la Resurrección y en la inmortalidad.

⁷ Los zelotes fueron un movimiento revolucionario cuyas características más sobresalientes fueron un exacerbado amor a la libertad, elevándola a la categoría de dogma religioso, creyendo que la sumisión al emperador romano era considerado pecado. Pensaban que la acción contra la dominación extranjera les acercaría al reino de Dios, por ello, estaban dispuestos a morir antes que reconocer a los romanos como sus dominadores, inculcando a sus creyentes la predisposición de ofrecer su vida en pos de este ideal. En la Gran Rebelión se aliaron con los fariseos y tuvieron su núcleo en Galilea con la figura de Menajem, quién trató de proclamarse “Mesías”, pero poco después perdería la vida en manos de Eleazar ben Jananyá, jefe de los rebeldes de Jerusalén. Los restos del bando de Menajem, entre ellos Eleazar ben Yair, huirían a Masada, protagonizando más tarde el último gran foco de resistencia judía contra los romanos. Mientras tanto, en Jerusalén, Eleazar ben Simeón, nuevo jefe de los zelotes, tuvo que compartir liderazgo con Juan de Giscala, quien posteriormente tomaría el control del Templo y aclamado como caudillo y con Simeón bar Giora quien sería rival de Juan de Giscala al final de la Gran Rebelión y el jefe de las clases bajas de todo el país, que también intentó al igual que Menajem, ceñirse la corona real.

⁸ En numerosas ocasiones se relacionan zelotes y sicarios dentro de un mismo grupo cuando en realidad son dos facciones diferentes. Etimológicamente, zelote significa “celo por Yahvé”, mientras que los sicarios (*sicarii*, plural latino de *sicarium*), se refiere al que “usa la daga”, pequeño puñal que se usaba para matar a sus enemigos. La diferencia de los sicarios con los zelotes, es que los primeros eran aun más radicales que los segundos, cuyas premisas más importantes eran la lucha por la libertad y la obtención de la independencia del mundo romano proclamando para ello “Mesías” o salvadores que los guiaran, mientras que los segundos nunca proclamaron rey a ninguno de sus jefes y no solamente lucharon contra el dominio romano, sino contra la oligarquía que había llegado a dominar el Sumo Sacerdocio y el Templo. Se dice que Judas Iscariote, que traicionó a Jesús, fue en realidad un sicario.

Iudaicum) de Flavio Josefo⁹, escrita entre los años 75 y 79 d. C. Originariamente fue realizada en arameo, el idioma materno de Flavio Josefo, aunque no se ha conservado hasta nuestros días. En cambio, si tenemos la traducción griega, dirigida especialmente hacia un público helenizado, ya que el latín aun no gozaba de la difusión necesaria en aquella época en la parte oriental del Imperio.

En *La Guerra de los Judíos*, se advierte, al contrario que en las otras obras del autor como *Antigüedades Judías* y en *Contra Apión* en donde se defiende al judaísmo, un estilo apologético filorromano con el que se intenta exculpar a Roma del origen de la guerra, reflejada mas como una revuelta interna del Imperio que como una lucha meramente independentista culpando a una minoría entre los que se encontraban fariseos, sicarios y especialmente zelotes haciéndolos causantes del especial odio hacia lo romano. Quizás este tipo de redacción, que pudiera ser considerada subjetiva, fue influenciada en el momento que escribió la obra, viviendo en Roma acogido ya por los emperadores flavios. En cuanto a su estructura, ésta se divide en siete libros, siendo los más interesantes para nuestro estudio los libros III-VII, si bien en las postrimerías del libro II se narra los inicios de la revuelta en Cesarea y las primeras actividades del propio autor en Galilea como líder militar. El libro III versa sobre la campaña de los romanos en Galilea hasta el otoño del 67, narrando la llegada del general Vespasiano, la toma de Jotapata y la rendición de Flavio Josefo y el libro IV da cuenta de las últimas actividades de los romanos en Galilea, la toma de Gamala y el ascenso al torno imperial de Vespasiano tras la Guerra Civil de los años 68-69 d. C. Pero los más interesantes son sin duda los libros V y VI, ya que se centran en el asedio y caída de Jerusalén y la destrucción del Templo a finales del verano del 70, hechos a los que asiste el propio

⁹ Nacido entre los años 37-38 d.C. su nombre original fue Yosef bar Mattityahu o Yossef ben Matityahou, es decir, hijo de Matías. Perteneció a una familia sacerdotal de Judea ligada a la monarquía de los asmoneos. En el año 64 fue a Roma para conseguir del emperador Nerón la liberación de algunos sacerdotes judíos capturados en pequeñas rebeliones contra los romanos, pero él mismo resulta procesado y encarcelado, siendo liberado al poco tiempo por la mediación de Popea, esposa del emperador. Vuelto a Jerusalén, vive el estallido de la Gran Rebelión en 66, y fue designado por el Sanedrín como comandante en jefe de la zona de Galilea, organizando la administración y defensa de la zona que resistiría hasta el verano del 67 cuando la fortaleza de Jotapata fue destruida, y Flavio Josefo capturado y llevado ante la presencia del general Vespasiano. Se cuenta que ante él le predijo que en breve sería nombrado emperador y a partir de entonces se convirtió en amigo y colaboracionista de Roma. Este cambio debe de tomarse con suma cautela ya que no debe de considerarse como una traición, salvo para sus ahora enemigos políticos. Su actitud contra los jefes rebeldes sería hostil al acusarlos de ser los responsables de la revuelta, en especial a los zelotes, sin olvidar la pésima gestión de los procuradores romanos, pero también es cierto que ensalzaba el heroísmo de sus gentes y de las derrotas que infligieron a los romanos. Además, su testimonio de primera mano, ya que estuvo presente durante todo el conflicto, podemos, afortunadamente, contemplarla desde ambos bandos y no solo desde la perspectiva del romano, lo que nos da una información completa de todo el proceso, sin descuidar algunos trazos de subjetividad propias de su nueva afiliación a la causa romana aunque sin renegar de su pasado judío. Fue testigo excepcional de la destrucción de Jerusalén, e hizo de mediador entre las dos partes instando especialmente a los judíos a que se rindieran viendo que cada vez más, sus opciones de victoria iban menguándose poco a poco. Después del fin de la revuelta, se trasladó a Roma y vivió el resto de su vida desarrollando su trabajo literario e histórico produciendo además de *La Guerra de los Judíos*, la obra de *Antigüedades Judías*, *Contra Apión* y *Autobiografía*.

autor como testigo directo. Ya en el libro VII, describe las últimas operaciones militares romanas en Judea con la conquista de las tres últimas fortalezas rebeldes, Herodión, Maqueronte y especialmente Masada, considerada una proeza en el arte del asedio, los posteriores honores recibidos en Roma por Vespasiano y su hijo Tito, y las postreras revueltas judías en Egipto y Cirene.

La otra fuente que disponemos para el estudio de la Gran Rebelión son las *Historias* de Tácito, pero el problema es que está incompleto y lo conservado se queda justamente en el asedio de Tito a Jerusalén, aproximadamente en la mitad del quinto libro de los catorce que componían la obra. Las *Historias*, fueron escritas para narrar el periodo que comprende la subida del emperador Galba al poder, año 68, hasta la muerte de Domiciano, último soberano de la dinastía flavia, en el 96. El término *Historiae* (Historias), designa la obra historiográfica que relata acontecimientos de un periodo determinado que acaba en los tiempos en los que vive el autor. De esta obra, nos interesa la parte conservada del libro V, que son los capítulos 1 al 13 en donde se nos da una descripción de las costumbres, organización y ritos más importantes entre los judíos y el ya descrito asedio de Jerusalén por parte de Tito.

Existe una tercera fuente, no conservada, que también alude a estos acontecimientos, y por desgracia ni siquiera sabemos cómo se titulaba, aunque sí su autor, Justo de Tiberiades, al que Flavio Josefo, en su *Autobiografía*, describe su obra como engañosa y poco veraz, tal vez dando un punto de vista exagerado a raíz de que ambos autores coetáneos eran a su vez, rivales políticos e historiográficos.

II. PROLEGÓMENOS DE LA GRAN REBELIÓN

Judea, una provincia de segunda clase que a partir de la muerte de Herodes fue gobernada directamente por Roma, nunca fue fácil de controlar por la hostilidad de sus habitantes especialmente en lo que atañó a cuestiones religiosas. La distinta forma de ver la cultura y sobretodo la religión entre romanos y judíos, eran de tal magnitud, que tal escollo muchas veces no podía salvarse. Frente a la concepción que tenía el pueblo judío, monoteísta, como el pueblo elegido por Dios para encabezar un supuesto futuro político y espiritual bastante glorioso, chocaba con la realidad tangible que representaba el Imperio Romano, el dominador del mundo por entonces, politeísta, y que tenía a Judea como una de sus innumerables provincias sometidas. Esto se convirtió en una franca obsesión para los judíos, esperanzados en que apareciese un redentor o “Mesías”, que llevase la soberanía al pueblo judío liberándolo del yugo de Roma, y de paso, convirtiéndose heredera del poder de Roma. Por tanto, esa concepción de pueblo elegido con un “Mesías” al frente contra la tiránica Roma con su culto al emperador, al que los judíos lo tildaban como la reencarnación del mal, es una de las causas por las que los judíos negaban su adscripción y sometimiento al mundo romano.

La religión judía, monoteísta por excelencia, estaba en contraposición con el politeísmo que reinaba en el resto del Imperio. Los judíos se negaban a adorar a otros dioses y realizar cultos al emperador. Incluso si ha algunos judíos se les hubiese concedido la

ciudadanía romana, sus tabúes religiosos les hubieran impedido realizar una carrera al servicio imperial, al contrario que en otras provincias, en donde familias y nobles, al disfrutar de la ciudadanía romana, podían acceder a altos cargos de la administración y del estado, llegando incluso al rango de ecuestres¹⁰ e ingresando en el Senado.

Otro factor a tener en cuenta, fue el control romano sobre el Templo, a pesar de que en un principio concedieron la dirección a las familias de los sumos sacerdotes de Jerusalén, ya que aparte de la celebración de los rituales y fiestas, se convirtió en un lugar de encuentro de saberes y proliferación de ideas, causando recelo a las autoridades romanas, considerándolo un germen de posibles levantamientos y revueltas.

Pero lo que realmente pudo condicionar el estallido de la Gran Rebelión, fue la abusiva presión fiscal a base de impuestos y obligaciones que los procuradores romanos, especialmente Félix (52-60 d. C.), Porcio Festo (60-62 d. C.), Luceyo Albino (62-64 d.C.) y Gesio Floro (64-66 d. C.) sometieron a los judíos, elevando el odio del pueblo hacia los gobernantes romanos, agravada, más si cabe, por la corrupción de los mismos en beneficio propio explotando su cargo. Además, para agravar aun la situación, el apoyo romano a los elementos helenizantes, conocidos también como greco-sirios o gentiles¹¹, hizo que las relaciones entre estos y los judíos se tornasen tensas, ya que al ocupar los primeros cargos en la aristocracia palestina, se posicionaron a favor de Roma, inspirando incluso medidas contra la religión judía que el entonces emperador Calígula, quiso imponer¹². No era de extrañar que estas disputas entre judíos y gentiles, agravadas en los reinados de Claudio y Nerón, y especialmente en Cesarea, fueran otro de los factores desencadenantes.

En definitiva, los judíos no solo se rebelaron contra Roma, sino que igualmente hubo una confrontación social con estos aristócratas gentiles de influencia helénica, que conformaban las clases altas, a quienes tuvieron especial recelo, no solo por ser más cercanos a Roma, sino porque además amenazaban el monoteísmo radical judío frente a la cada vez más difusión del politeísmo, que podía incluso hacer tambalear los

¹⁰ El rango ecuestre en Roma, conocido como *ordo ecuestre*, se refiere en la primitiva republica a gentes adineradas que podían equiparse con caballos para la guerra. Con el paso del tiempo, dicho *ordo* se fue convirtiendo en una clase de ciudadanos emprendedores dedicados a los negocios. Ya con Augusto, se les asignó diversas funciones tales como el control de la Hacienda y finanzas con el rango de *procuratores* (procurador), como en el caso de Judea o de *praefectus* (prefecto) en el caso de Egipto, el control de la guardia pretoriana como Prefectos del Pretorio o la atribución de cargos militares como los cinco *tribunus angusticlavius* (tribuno angusticlavio) de cada legión o el mando de unidades auxiliares del ejército, alas o cohortes.

¹¹ Los gentiles en la acepción cristiana se les designa como los no convertidos o paganos. En la etimología judía, hace referencia a los no judíos.

¹² En época de Calígula, el emperador, tan seguro de su divinidad, exigía que sus súbditos lo veneraran como a un Dios. Por ejemplo, en la ciudad de Yabne, con mayoría judía, para sembrar discordia entre los judíos y Roma, los no judíos (gentiles) instalaron un altar para el culto al emperador que fue destruido enseguida. Como represalia, Calígula ordenó que se instalara una estatua suya de oro en el Templo de Jerusalén, pero Petronio, el gobernador de Siria, sabiendo la exacerbada oposición que iba a encontrar, finalmente a través de Agripa I, consiguió que el emperador revocase la orden, pero no la de castigar a aquellos que impidieran la erección de altares o estatuas en honor al emperador y a su familia. Esto provocó diversos tumultos hasta la muerte de Calígula en el 41.

cimientos de la religión judía en cuestiones de cultos, ritos y fiestas sagradas. Finalmente, y en gran parte a la campaña realizada por las demás clases judías para que se adhirieran y la pésima gestión y administración del procurador Gesio Floro, esta aristocracia colaboraría con el resto de las clases judías. Por tanto, la aristocracia gentil o greco-siria y las demás clases estarían juntas para organizar la defensa del país, sin olvidar que las distintas sectas, saduceos, esenios y en especial fariseos, también estaban de lleno en el conflicto que se avecinaba a pesar de sus diferentes posturas, y por supuesto, sin olvidar a los zelotes y sicarios que se convertirían en los verdaderos protagonistas de la revuelta.

Atendiéndonos al relato de Flavio Josefo, la responsabilidad del conflicto la reparte a partes iguales, por un lado ensalzando la corrupción y abusos de los procuradores romanos y por otro, la radicalidad de los zelotes aumentada a raíz del ya citado censo de Sulpicio Quirino. Si de Luceyo Albino, predecesor de Gesio Floro, fue corrupto por sus frecuentes robos y extorsiones¹³, Gesio Floro, lo fue aun peor, ya que los realizaba con total impunidad y descaro sin mostrar ningún pudor en realizar acciones vergonzosas. Flavio Josefo decía que “planeaba la guerra, para, buscando de forma consciente la sublevación, así tapar sus miserias e iniquidades ante su máximo superior, el propio César”,¹⁴ es decir, el entonces emperador Nerón.

Pero las acciones que desencadenaron el conflicto, fueron principalmente tres. La primera fue las relaciones tensas entre judíos y gentiles en Cesarea Marítima, que tuvo su punto culminante cuando los gentiles ganaron a los judíos un pleito sobre derechos ciudadanos ante la corte imperial de Roma, aumentando con ello la arrogancia de los habitantes greco-sirios a partir de este hecho, poniéndose en contra de los judíos, que incluso abandonaron la ciudad y se refugiaron en la antigua Nabata. La segunda acción, consecuencia de la primera, consistió en una vez llegada la noticia a Jerusalén, el procurador Gesio Floro, en vez de tomar cartas en el asunto, decidió, causando un gran estupor, extraer 17 talentos del Tesoro del Templo¹⁵, lo que lógicamente disgustó a la población, que reaccionó abucheándolo e insultándolo en público. La reacción del procurador no se hizo esperar, y como represalia, mandó a sus tropas, una cohorte de infantería y un destacamento de caballería, saquear un barrio de la ciudad conocido como “mercado alto”, asesinando a unos 3.600 judíos¹⁶, provocando una auténtica masacre que se agravó con la llegada de dos cohortes provenientes de Cesarea Marítima que avivaron de nuevo la situación. El Sumo Sacerdote y los aristócratas de Jerusalén, encabezados por Agripa II, hijo de Agripa I, viendo que la situación se iba de las manos, trataron de restablecer la calma, pero la mayoría de los habitantes no estaban dispuestos a tolerar más la opresión del procurador e instaron a Agripa II y a los aristócratas y sacerdotes del Templo a que enviaran una delegación a Nerón exponiendo las quejas contra el procurador. Pero no se atrevieron a dar el paso, y los zelotes, viendo la

¹³ F.J., *Bell Iud.*, II, 272-276. Flavio Josefo. *Guerra de los Judíos y Destrucción del Templo y ciudad de Jerusalén* (Barcelona: Iberia, 1983).

¹⁴ *Ibid*, II, 282-283.

¹⁵ *Ibid*, II, 293-294.

¹⁶ *Ibid*, II, 307.

indecisión reinante, tomaron el control para provocar una situación de guerra entre judíos y romanos, a pesar de que Agripa II procuraba intentar mantener la calma, situación que acabaría con la tercera acción; la de posteriormente asesinar a la guarnición romana de Jerusalén y que Eleazar ben Jananyá, hijo del Sumo Sacerdote Ananías, decidiera suspender el sacrificio diario en honor al emperador, lo que supuso, en palabras de Flavio Josefo, “el comienzo de la guerra contra los romanos”¹⁷.

El suceso tuvo amplia repercusión por toda Judea y el resto de Palestina. En todas las ciudades helenizadas de Palestina estallaron sangrientos motines, verdadero anticipo de la posterior rebelión abierta. Mientras tanto, en Jerusalén se desató una lucha entre los sacerdotes, aristócratas y Agripa II, frente a los zelotes, con ayuda de los sicarios, con Eleazar ben Jananyá a la cabeza por mantener el control de la tensa situación. Los primeros se hicieron con la parte alta de la ciudad, mientras los segundos, con la baja. Finalmente, la lucha favoreció a los segundos, que en el día de las *Xiloforias*¹⁸ prendieron fuego a la casa del Sumo Sacerdote Ananías, al palacio de Agripa y Berenice y a los archivos, para posteriormente asaltar la Torre Antonia. Pero los zelotes y sicarios también andaban enfrentados entre sí, ya que por un lado estaban los partidarios de Eleazar ben Jananyá, al frente de los zelotes y los de Menajem, de los sicarios. Este último se había apoderado de la fortaleza de Masada y cuando fue al Templo a rezar, los seguidores de Eleazar aprovecharon la ocasión para capturarlo y matarlo. Los seguidores de Menajem huyeron a Masada y los partidarios de Eleazar, exaltados, se encargaron de ejecutar a toda la guarnición romana después de una falsa promesa de capitulación que no cumplieron.

Gesio Floro, viendo que la situación era sumamente grave, pidió ayuda al gobernador¹⁹ de Siria, Cayo Cestio Galo²⁰, echando la culpa de lo acontecido, a través de una carta, a los judíos. Cestio Galo, vacilante al principio, aceptó la ayuda del procurador y como pudo, reunió a toda prisa un ejército para atacar a los rebeldes, compuesto entre 17.000 y 20.000 soldados provenientes de la *Legio XII Fulminata*, reforzada con *vexillationes*²¹ de la *III Gallica*, la *VI Ferrata* y la *X Fretensis* y con el apoyo de algunos auxiliares y tropas recientemente reclutadas sin experiencia y disciplina. En su camino a Jerusalén, pasaron por Galilea, asediaron por mar y tierra Jope, la actual Jafa, mientras que la caballería realizaba incursiones en la toparquía de Nabartene, ataques que no impedirían a los judíos hostigar a los romanos y causarles algunas bajas a lo largo de la marcha hasta alcanzar la capital, al mismo tiempo que Cesenio Galo, legado de la *Legio XII Fulminata*, entraba en Séforis, ciudad aliada de Roma, entre aclamaciones. Finalmente,

¹⁷ *Ibid*, II, 409-410.

¹⁸ Fiesta de la ofrenda de árboles al Templo, conocida gracias al texto de *Nehemías* 10,35. Parece ser que su celebración era el día 14 del mes de *ab*, probablemente entre principios y mediados de Agosto.

¹⁹ Para no confundir al lector, cuando nos refiramos al legado de una provincia, lo atribuiremos el nombre de gobernador, que también así se le nombraba, para distinguirlo del legado de una legión.

²⁰ Cayo Cestio Galo (*Gaius Cestius Gallus*), fue cónsul en el 42 y nombrado gobernador de Siria en el 63 o 65 hasta el 67, año de su muerte. Fue sucedido por Cayo Licinio Muciano.

²¹ Las *vexillationes* eran destacamentos enviados por aquellas legiones que no podían enviar a la totalidad de sus miembros para no quedarse excesivamente mermadas. Normalmente estaban formadas por una o varias cohortes, centurias e incluso tropas auxiliares.

acampó en Gabaón, a unos 8 kilómetros de Jerusalén en primer lugar, y después en el monte *Scorpus*, con el propósito de asediar la capital. Fuera por indecisión o fuera porque no llevaba un ejército lo suficientemente preparado, después de una semana de infructuoso asedio, decidió abandonarlo y se alejó. La retirada se consumó en desastre ya que los judíos contraatacaron, y en el estrecho paso de Beth-Horon, la mayor parte de la columna romana fue aniquilada, perdiendo 5.780 hombres (5.300 de infantería y 480 de caballería)²² y posiblemente el emblema del águila de la *Legio XII Fulminata*²³. Este hecho tuvo graves consecuencias para los romanos, ya que muchos de los judíos vacilantes se unieron ahora a los rebeldes y una corriente de exaltación nacionalista arrastró a parte del sacerdocio y de la aristocracia judía. Asimismo, los zelotes se hicieron con el control absoluto de la situación y se organizó la defensa bajo una especie de gobierno provisional que unió a todos los judíos, si bien compuesta por todos los grupos existentes, lo que podía dar lugar a algunas rencillas.

III. LA LLEGADA DE VESPASIANO Y LAS PRIMERAS OPERACIONES MILITARES EN GALILEA

La derrota de Cestio Galo llegó a oídos del emperador Nerón, quien tomó cartas en el asunto y estimó que la situación era muy grave ya que los rebeldes habían puesto en peligro el dominio romano en Judea y temía, no sin razón, que la revuelta pudiera extenderse a otras zonas como Siria o Egipto como así sucedió, especialmente en Damasco, donde 10.500 judíos reunidos en el gimnasio, desarmados, fueron pasados a golpe de espada delante de sus esposas, y en Alejandría, donde el prefecto²⁴ de Egipto, Tiberio Julio Alejandro, tras un enfrentamiento judeogriego en el teatro, con motivo de quién iba en representación de la ciudad a hablar ante Nerón en Roma, mandó pasar por las armas a 50.000 judíos²⁵, al no atender tanto griegos como judíos a los consejos del prefecto, que no sólo fue desoído sino que recibió insultos y agresiones. Era, pues, necesario enviar nuevas legiones a Judea. Este cometido sería llevado a cabo por Vespasiano²⁶ quien sería enviado como legado a Judea probablemente a principios del

²² F.J., *Bell Iud.* II, 555.

²³ No existe unanimidad en la cuestión de la pérdida del águila, pero Flavio Josefo si lo nombra. *Ibid.*, II, 528, 540-544, 546-550.

²⁴ En Egipto, la provincia se constituyó en tiempos de Augusto de rango imperial, es decir, cuya administración dependía directamente del emperador, y a cuyo frente estaba un *praefectus* de rango *perfectissimo*, de orden ecuestre, que era el máximo cargo al que podía optar.

²⁵ *Ibid.*, II, 497-498

²⁶ Tito Flavio Vespasiano (*Titus Flavius Vespasianus*) fue el fundador de la dinastía Flavia en el 69. Empezó su carrera militar destacando como legado de la *Legio II Augusta* en la conquista de Britania del año 43 bajo el mando de Aulo Plautio. Posteriormente fue cónsul en el año 52 y procónsul de África en el 62. Encargado en el 66 de sofocar la Rebelión Judía, la Guerra Civil del 68-69 le coronó emperador. Como soberano, destacó por su sensatez y equilibrio durante su gobierno. Entre otras medidas, reorganizó las finanzas del Estado, en precaria situación tras el gobierno de Nerón y los años de guerras civiles, remodeló el Senado, introduciendo la denominada *adlectio* imperial, en el cual se permitía el acceso a aquellos que pertenecían al ordo ecuestre y concedió en el año 74, mediante un edicto de Latinidad (*Ius Latii*) la ciudadanía a muchos individuos de origen oriental y especialmente a los hispanos y siguió con la

año 67, al mismo tiempo que Cayo Licinio Muciano fue nombrado gobernador de Siria, para mantener la normalidad en la provincia. Vespasiano contó con tres legiones, la *Legio V* Macedonica, la *Legio X Fretensis* y la *Legio XV Apollonaris*, siendo Tito²⁷, el hijo de Vespasiano, el legado de ésta última, dejando de lado la *Legio XII Fulminata* por el desastre de Beth-Horon. A este núcleo se le sumaron 23 cohortes y seis alas de caballería y los refuerzos de príncipes clientes como Agripa II, Antíoco de Comagene, Soaemo de Emesa y Malco II de Nabatea, lo que hizo que finalmente el ejército de Vespasiano tuviera entre 50.000 y 60.000 hombres²⁸.

El primer ataque romano fue una invasión a la región de Galilea, en su parte occidental, a gran escala, que pilló con cierta sorpresa a los judíos, quienes teniendo desventaja en campo abierto, se refugiaron en fortalezas o ciudades amuralladas. Galilea era liderada por el entonces comandante rebelde Yosef ben Matityahou. Yosef, se encargaba de las tareas administrativas, judiciales y militares del territorio, rodeado de una especie de Sanedrín local que el mismo preside. Manda fortificar las ciudades y aldeas y mientras tanto, logra reunir a un ejército considerable compuesto de unos 65.000 hombres. Pero no todas las ciudades de Galilea eran aliadas o estaban con Yosef. El ejemplo más fehaciente, fue Séforis, cuya actitud prerromana había despertado grandes recelos entre el resto de galileos, pero a pesar de su lealtad, tuvo que fingir apoyo a la rebelión y construir muros al igual que el resto de ciudades como así lo había mandado Yosef. En cambio, la ciudad de Tiberiades, mostró una neutralidad que llegó a exasperar al propio comandante ya que intentó en vano atraerla a la causa judía, si bien podemos considerar que gran parte de la culpa de que eso no sucediese la tuvo el zelote Juan de Giscala, quien se convertiría en acérrimo enemigo de Yosef, ya que cuestionaba, el tiempo le daría la razón, la lealtad de Yosef para con los judíos e incluso intentó un complot fallido contra él y también por la cierta amistad del comandante hacia Agripa II. Al menos, si lo consiguió con la ciudad de Tariquea, prometiendo a sus habitantes la fortificación de la misma para salvaguardar sus posesiones. Pese a los esfuerzos de

política de la fundación de colonias a las que le dio el nombre de *Flavia*, sobretudo en Italia, Galia e Hispania. Murió en el 79 dejando inacabado el *Anfiteatro Flavio* o el *Coliseo*.

²⁷ Tito Flavio Sabino Vespasiano (*Titus Flavius Sabinus Vespasianus*) comenzó a servir a las órdenes de su padre en la Rebelión Judía, si bien anteriormente había sido tribuno militar en Germania y posteriormente en Britania en la rebelión de Boadicea en los años 60 y 61. Después de la Rebelión Judía, Tito, junto a su hermano Domiciano, recibieron el título de César y tuvo una relación con Berenice, hermana de Agripa II, de la que el pueblo romano no vio con buenos ojos por temor de que adoptase una actitud política de corte oriental. En el 79, sucedió a su padre en el trono. Nada más llegar a él, tuvo que hacer frente a la catástrofe de la erupción del Vesubio que sepultó a Pompeya y Herculano. En el 80 inauguró el Coliseo, pero poco después hubo una epidemia de peste en Roma y un posterior incendio en la misma. En septiembre del 81 muere de unas fiebres, aunque otras hipótesis apuntan a un envenenamiento por parte de su hermano Domiciano para que éste accediera al poder.

²⁸ La estimación de cifras no es clara. Debemos de tener en cuenta que una legión romana estaría compuesta entre 5.000 y 5.500 hombres, además de las cohortes auxiliares y las *alae* de caballería presentes en este momento, pero muy probablemente no contaría con todos sus efectivos ya que normalmente las bajas sufridas no eran reemplazadas en un cierto periodo de tiempo. Además tampoco sabemos con seguridad el número de aliados que los príncipes clientes tuvieron a su disposición, con lo que nos hace difícil precisar un número aproximado del contingente que operaría en Judea en los años 67 y 68.

poner orden en la región y de lograr una unión sólida, no lo consigue, y es esta situación tan precaria la que predominará a la llegada de Vespasiano.

El ataque romano comenzó por dos frentes, el primero dirigido por Vespasiano desde Antioquía (Siria), mientras que su hijo Tito venía de Alejandría con la *Legio XV Apollonaris* encontrándose en Ptolemaida, la actual Acre. Desde allí, se dirigen a Séforis en donde enseguida la ciudad se une de nuevo a la causa romana, tras la frágil unión con Yosef, ofreciendo sus servicios. Vespasiano, en contrapartida, envía un destacamento de 6.000 hombres a la ciudad como retén al mando del tribuno²⁹ Plácido. Yosef, intenta en vano recuperar la ciudad para la causa, pero se estrella con la muralla que él mismo mandó levantar que la hacían “casi inexpugnable, incluso para los romanos”³⁰. Sin Séforis, Yosef retrocede y viendo que su ejército no está preparado para hacer frente a los romanos, se refugia en Tiberiades enterado del avance de Vespasiano. Allí informa a Jerusalén de la precaria situación esperando a que le envíen un ejército acorde con las necesidades de la defensa, pero la petición será demasiado tarde. Entretanto, muchos de los efectivos de Yosef, se trasladaron a Jotapata, hoy en día Yodfat, donde enseguida se les uniría el propio comandante. Entretanto, Vespasiano, que con firmeza estaba dispuesto a hacer pagar muy caro a los judíos el fracaso sufrido por Cestio Gallo, avanzaba con un despliegue soberbio donde a la vanguardia iban las unidades aportadas por los reyes aliados, infantería ligera y arqueros principalmente, que servían de exploradores y a continuación las tropas romanas con armas pesadas, seguidas del cuerpo de zapadores³¹ y un destacamento de caballería encargada de proteger los bagajes. Después se hallaba Vespasiano quien cabalgaba a la cabeza de las tropas de élite de la infantería, caballería y lanceros, seguido de la caballería legionaria, compuesta por 120 jinetes por legión, los artefactos de guerra, como escorpiones, balistas, arietes y catapultas que habría que montar para el asedio, sobre carros y mulos, después, precediendo al grueso del ejército en columnas de a seis bajo vigilancia de los centuriones, iban las enseñas de las legiones agrupadas alrededor del águila y acompañadas de trompetas. A la cola iban equipamientos militares, mercenarios y una retaguardia compuesta de infantes y jinetes.

Con esta espectacularidad y despliegue de tropas, no era de extrañar que el desánimo cundiese entre las tropas judías y muchos desertaran. Los que quedaron, resguardados en la impresionante fortaleza de Jotapata, aguardaban la llegada de las tropas romanas, esperando sin mucha convicción que las defensas aguantaran el embiste al que iban a ser sometidos y confiando en la privilegiada posición que ostentaban, rodeados de

²⁹ Aquí, nos referimos a un tribuno militar, para diferenciarlo del tribuno de la plebe, que era una magistratura exclusivamente plebeya de época republicana. En época imperial, cada legión tenía seis tribunos, uno que era el denominado tribuno laticlavio (*tribunus laticlavius*), de rango senatorial, propuesto por Senado, que estaba el segundo al mando de una legión, por detrás del legado, mientras que los otros cinco, de orden ecuestre, eran denominados tribunos augusticlavios (*tribunus augusticlavius*). Posiblemente Plácido fuera *tribunus laticlavius* de la *Legio XV Apollonaris* siendo el segundo al mando por detrás de Tito.

³⁰ F.J., *Bell Iud.*, III, 61.

³¹ Aquellos que se encargaban de construir puentes, abrir caminos o eliminar obstáculos facilitando los movimientos del ejército.

barrancos que la protegían salvo por el norte, donde la ciudad estaba escalonada bajo una suave pendiente reforzada con murallas que el mismo Yosef había dotado y además situada en una cima oculta por otras cumbres más elevadas.

El asedio romano a una ciudad o a una fortificación se podía realizar básicamente de tres maneras, dependiendo de la situación orográfica y el tipo de fortificación: la primera, y la menos usual, era mediante un ataque furtivo, es decir, por sorpresa. Si una pequeña fuerza era capaz de adentrarse sin ser vista y entrar en la ciudad, podría obtener el control sobre posiciones clave, y hacer entrar al cuerpo principal del ejército. Este tipo de ataque suelen triunfar cuando los sitiadores poseen información detallada de las defensas, y entre los sitiados hay algún traidor que informa de la situación del enemigo. La segunda, era mediante el asedio por hambre, impidiendo la entrada y salida de suministros y con el tiempo, se confiaba en que los sitiadores se rindieran de hambre o de sed cuando las provisiones faltasen. Este tipo de asedio podría ser muy prolongado si los sitiados disponían de grandes provisiones o podían conseguir agua mediante la lluvia recogida en cisternas. Además para el bloqueo, se precisaba de un alto número de tropas en torno a la ciudad o fortaleza. La tercera y última forma de asedio era mediante asalto, enviando hombres por encima, por debajo o a través de las murallas. Era el método más costoso, ya que para los sitiadores podrían sufrir muchas bajas, aparte de las habilidades técnicas para llevarlo a cabo, pero era el más efectivo si se llevaba a buen puerto. Si este tipo de asedio fracasaba, la moral de las tropas sitiadoras era minada de tal forma que debían de transcurrir varias semanas o incluso meses antes de un nuevo intento. No obstante, era el sistema más utilizado. En la Gran Rebelión, se llegarían a usar los tres modelos.

En cuanto a la artillería romana usada en los asedios de la Gran Rebelión, ésta plantea varios problemas. En primer lugar, no hay estudios exhaustivos sobre el tema y segundo, el nombre dado a cada pieza, varía a lo largo de la época imperial. En el siglo I, la *catapulta* (*catapultae*) hace referencia a un instrumento que arroja flechas mientras que la *ballista* (*ballistae*) lanza piedras, en el siglo II, la *ballista* hace referencia a una máquina que sirve tanto para lanzar flechas como proyectiles, y ya en el siglo IV, la significación inicial de los términos ha variado completamente. Además, se denomina *escorpión* (*scorpio*) a una pequeña *catapulta*, *onagro* (*onager*) a un pequeño *escorpión* y *carroballista* (*carroballistae*) a un ingenio montado sobre ruedas. Pero lo que más se utilizaba en el asedio era el ariete, cuya forma más simple era un tronco de madera impulsado con fuerza por varios soldados contra un objetivo concreto. Ya en época romana, se había reforzado con una cabeza de metal y era protegido por un mantelete o cubierta reforzada con pieles, para aumentar su espesor e impedir que los líquidos inflamables o el fuego se expandiera. De estructura de balancín, podía golpear un punto de una muralla hasta conseguir abrir una brecha. Por último, normalmente la artillería era utilizada por los legionarios expertos en ella (conocidos como *ballistarii*) y no los auxiliares, ya que los primeros estaban más preparados para construirlas y manejarlas. Cada centuria poseía una *carroballista* y una máquina de asedio adaptada según a las necesidades de la unidad.

La ciudad, a pesar de sus formidables defensas, resistiría 47 días de asedio antes de rendirse. Al ser solo accesible desde su lado norte, Vespasiano, aprovechando esta situación, acampó enfrente, mientras el resto del ejército rodeó la ciudad. Los primeros días de asedio fueron infructuosos, ya que no se utilizaron armas de asedio lo convenientemente preparadas para poder derribar la muralla con éxito. Vespasiano entonces consideró la situación como especialmente grave, y redobló sus esfuerzos. Mandó construir una rampa contra la muralla de la ciudad, que si bien tuvo dificultades para su realización debido a tala de los bosques de alrededor para la madera y el abastecimiento de piedra, junto con las continuas incursiones judías para desmantelarla y el lanzamiento de proyectiles desde las almenas, que Vespasiano contrarrestó mediante el empleo de sus máquinas de tiro como las catapultas que proyectaron los *pila*, es decir, las jabalinas, las balistas con piedras de un talento de peso que se anunciaban con un silbido antes de soltarlas, los honderos, los arqueros y los lanzadores de los *pila*, finalmente, se pudo terminar. Pero quizás, el éxito de la toma de Jotapata no se debería tanto al arte del asedio, sino por otra causa que al principio los romanos ignoraron; la falta de agua. En efecto, y a pesar de que la ciudad poseía cisternas que acumulaban el agua de lluvia, en cambio, no tenía ninguna fuente natural de abastecimiento, con lo que en periodos de sequía, ésta era escasa y por tanto insuficiente para poder aguantar un largo periodo de asedio. Los romanos, que al final descubrieron esta debilidad, pese a que Yosef intentó engañarles haciendo creer que no había falta de agua en la fortaleza a base de colgar en las almenas ropa de vestir chorreando agua, propiciaron a sacar provecho de la situación apuntando con sus catapultas hacia los lugares en el que podrían encontrarse las cisternas de agua y así poder reducir su disponibilidad.

Una vez terminada la rampa, Vespasiano instó llevar un ariete contra la muralla, y pese a los esfuerzos de los sitiados de impedir que la muralla sufriera daños, como colocar sacos de paja atados a una cuerda al lugar donde golpeaba el ariete e incluso romper la cabeza del mismo mediante el lanzamiento de una gran piedra, finalmente se consiguió que los soldados pudieran abrir una pequeña brecha, pero cuando todo parecía favorable a los romanos, hubo una nueva carga judía a través de la pequeña brecha que repelió a los soldados y además, aquellos que intentaban escalar por la pared de la muralla, fueron rechazados por el aceite hirviendo que se arrojaba desde las almenas. Vespasiano, harto ya de los ataques judíos y de que el asedio se prolongaba más de lo esperado, tal vez incitado también por haber recibido el disparo de una flecha en su pié, decidió de una vez por todas poner fin al mismo. Mandó elevar la rampa de asedio hasta la altura máxima del muro y para proteger a los soldados, se construyeron tres torres de asedio o *helepoles*³², cada una de 15 metros de altura, mientras que los arqueros y honderos, desalojaban a los defensores de las almenas, y la infantería y los sitiados se enzarzaban en una lucha encarnecida. Por fin, lograron que la rampa llegase a la altura

³² El *helepoles* o también llamada “conquistadora de ciudades” era una gigantesca torre de asedio, de varios pisos de altura, revestida de hierro, que servía para realizar el asalto a la parte superior de la muralla. Contaba con un equipo de bomberos para luchar contra los posibles incendios de las flechas o dardos incendiarios. Ya en el mundo griego se usaba, destacando el asedio de Rodas llevado a cabo por Demetrios Poliorcetes en el 305-304 a. C.

deseada, incluso sobrepasando la muralla que Yosef mandó elevar protegiendo a sus hombres mediante colocación en las almenas de pieles de bueyes recién sacrificados, que al estar húmedos, hacían que las piedras rebotasen, los *pila* se desviasen y las flechas incendiarias se apagasen para que pudieran llevar a cabo su cometido.

Cuando los romanos se disponían ya al asalto definitivo, un desertor judío les informó que la situación de Jotapata era muy grave debido a la falta de provisiones y agua y por la lucha constante a lo largo de los ya 47 días de asedio. Cambiando de estrategia, antes del amanecer y aprovechando la última hora de la vigilia de los guardianes judíos, Tito, con un grupo de soldados, pudieron escalar el muro y matar a todos. Desde dentro, se abrieron las puertas para que el grueso del ejército, amparados por una niebla espesa, penetrase en la ciudad causando sorpresa, estupor y pavor entre los defensores judíos que no tuvieron tiempo de reaccionar. Los romanos no tuvieron compasión alguna con los sitiados y se produjo una gran matanza, provocando, según Flavio Josefo, que 40.000 judíos fueran asesinados o se suicidaran y que 1.200 mujeres y niños fueran condenados a la esclavitud³³. Vespasiano ordenó demoler la ciudad y prohibió que se enterrasen a los judíos caídos.

Yosef ben Matityahou y unos 40 hombres que sobrevivieron, se escondieron en una de las cuevas que proliferaban por el lugar hasta que la desesperación les obligó a actuar. El futuro historiador estaba a favor de la rendición, pero la gran mayoría de sus compañeros, preferían el suicidio antes que entregarse. Pero como el suicidio era pecaminoso, Yosef convenció a sus compañeros para que echaran a suertes quién de ellos sería el encargado de acabar con la vida de los demás. Fuera por sagacidad, perspicacia o suerte, finalmente él y otro compañero fueron los únicos sobrevivientes después de haber visto como los demás restantes acababan unos con otros. Ante tal rocambolesca situación, decidieron, tras mucho sopesar y tras el envío de hasta tres emisarios romanos, el último de ellos fue el tribuno Nicanor, amigo de Yosef, que lo mejor era rendirse y entregarse a los romanos. Fue llevado ante la presencia de Vespasiano y declaró, mediante una entrevista pedida por Yosef, en la que estuvo el Vespasiano, su hijo Tito, dos amigos y él mismo, que un día llegaría a ser emperador. Indulgente como ninguno y a pesar de no creer demasiado en la profecía, Vespasiano, que en un principio tenía previsto mandarlo a Roma para ser conducido ante el emperador Nerón, decidió perdonar la vida a Yosef y liberarlo, tras lo cual, éste cambió de bando y se convirtió en partidario y aliado de Roma e historiador de primera mano del desarrollo de la guerra con el nombre de Flavio Josefo.

Tras la toma de Jotapata y la sumisión de la Galilea occidental, los romanos se aprestaron a organizar las siguientes operaciones en torno a la Galilea oriental y otras regiones más alejadas del país. Un objetivo de importancia fue el de los contingentes judíos de Jope, que ponían en peligro las rutas costeras de Palestina y Fenicia y obstaculizaban las comunicaciones con Egipto. Tras la toma de Jope, llevada a cabo por el legado de la *Legio X Fretensis*, Trajano, el padre del emperador hispano, se libró una

³³ F.J., *Bell Iud.*, III, 316-322. Parecen cifras exageradas ya que el tamaño de la ciudad de Jotapata no podría albergar a tanta población.

batalla naval ante las costas de la ciudad que terminó con la derrota y destrucción de las naves judías. La siguiente operación fue marchar hacia Cesarea, en donde Agripa II, proporcionaría ayuda y colaboración a los romanos. Desde allí, Vespasiano mandó a su hijo Tito a tomar la ciudad de Tiberiades y más tarde Tariquea, tomándola por asalto y sometiendo a los sobrevivientes a la esclavitud. Ya solo quedaban Gamala y Giscala. La primera cayó fácilmente, y la segunda, viendo sus ocupantes que no podían defenderla, decidieron capitular no sin antes presenciar la huída de los zelotes, al mando de Juan de Giscala, a Jerusalén. Con la caída de Giscala, aclamando a Tito como “liberador” por sus gentes, oficialmente se dio por finalizada la campaña de Galilea en noviembre del 67.

IV. DISPUTAS JUDÍAS EN JERUSALÉN, LAS CAMPAÑAS DEL AÑO 68 Y LA GUERRA CIVIL DEL 68-69 EN ROMA

Una vez que Juan de Giscala llegó a Jerusalén, se desató un enfrentamiento entre los saduceos y los zelotes y sicarios, porque estos últimos culparon a los primeros de la pérdida de Galilea y por intentar convencer al pueblo de la necesidad de una guerra más decidida con los romanos. El enfrentamiento se extendió por toda la ciudad, y a pesar de que las autoridades judías intentaron por todos los medios que la sangre no llegara al río, a través de discursos como los del fariseo Simeón ben Gamaliel o los de los sumos sacerdotes Anás y Jesús, los zelotes, decididos por la causa hasta el final fueron eliminando a los sospechosos de simpatizar con Roma, lograron hacerse con el poder político, convocaron al pueblo y decidieron elegir, por sorteo, a un nuevo Sumo Sacerdote llamado Fanías, que parece ser que no descendía de ningún miembro del Sanedrín y no tenía ni idea del oficio sacerdotal, con lo que fue elegido de manera conveniente para el cargo, a sabiendas de que no estaba preparado para ello. No contentos con ello, y estando en inferioridad numérica, pidieron ayuda a los idumeos suplicándoles que se unieran en alianza con ellos, con la excusa de que en los ambientes sacerdotales estaban dispuestos a entregar la ciudad a los romanos, pero al llegar los idumeos a las puertas de Jerusalén y descubierta su asociación con los zelotes, no se les permitió entrar³⁴ hasta que la noche siguiente, en medio de una gran tormenta, los zelotes pudieron abrir las puertas y dejarlos pasar. Una vez entrados, se cometieron todo tipo de atrocidades, saqueos y asesinatos, sobretodo dirigidos hacia los más ricos y notables, produciéndose una gran matanza depurando la ciudad cayendo entre otros los sumos sacerdotes Anás y Jesús. Finalmente, los idumeos, cansados de tantas atrocidades frente a ciudadanos honrados, no quisieron saber más de los zelotes y se retiraron. Los zelotes, con Juan de Giscala al mando, consiguieron el control absoluto de la ciudad.

Mientras tanto, Vespasiano, aprovechando las disputas internas y la ausencia de resistencia judía, dirigió, tras el parón invernal en Cesarea, sus operaciones con el objetivo de sitiar la capital. Pero antes, y para asegurarse del control de toda Palestina y el fin de toda insurrección, redujo los últimos islotes de resistencia judía en Perea,

³⁴ *Ibid*, IV, 196-207.

haciendo caer con la ayuda del tribuno Plácido su capital, Gadara dejando solo subsistir a la fortaleza de Maqueronte y después algunas ciudades de Judea y Samaria como Antipatris, Lidia, Yamnia, Emaús o Siquem e hizo frecuentes incursiones sobre Idumea. Después se dirigió a Jericó, a través del valle del Jordán, cuyo comandante de la ciudad era José, hijo de Simeón bar Giora. Sus habitantes, viendo el avance romano, decidieron huir sin orden hacia el río Jordán, donde muchos murieron o ahogados o masacrados por el empuje de la caballería romana, con lo que Vespasiano se encontró con una ciudad desierta. Por último los romanos destruyeron la comunidad del Qumrán, donde había multitud de esenios, y los que sobrevivieron, o se unieron a los zelotes en la lucha contra Roma, o huyeron hacia las montañas próximas llevándose consigo sus textos sagrados, escondidos en jarras, que después una vez descubiertos, se conocerían como los manuscritos del Qumrán. Ya solo quedaba Jerusalén, aislado del resto del país, cuyo asedio se dispuso a realizar Vespasiano ya a principios del mes de junio del 68.

Pero cuando el general iniciaba los preparativos del asedio, llegó a Judea la noticia del suicidio del emperador Nerón (9 de junio del 68). Vespasiano, con su habitual tranquilidad, no se sobresaltó demasiado, pero decidió suspender el asedio a la espera de acontecimientos, máxime cuando el último soberano de la dinastía julio-claudia no había dejado herederos, y se retiró a Cesarea. Mientras, se precipitaron los acontecimientos con la aparición de varios candidatos a un posible acceso y control del trono vacante. Ya pocos meses antes de la muerte de Nerón, en la Galia, hubo un levantamiento llevado a cabo por su gobernador, Julio Vindex, frente a las excentricidades del emperador, sin embargo rehusaría ser proclamado *imperator*³⁵. Quien si lo hizo, ya a la muerte del emperador, fue el gobernador de la Tarraconense, Servio Sulpicio Galba, nombrado por sus propios soldados, haciéndose con la vacante y marchando a Roma para ser confirmado por el Senado. Entretanto, la revuelta de Vindex fue aplastada bajo las legiones del gobernador de Germania, Verginio Rufo, quién también tenía sus pretensiones al trono. Finalmente el Senado confirmó a Galba como emperador y éste como medida, ejecutó a Rufo. El Senado se disgustó con la acción y también los pretorianos³⁶, que además no recibieron los *donativa*³⁷ prometidos por el nuevo emperador. Por estas razones, cuando Galba quiso proponer a Liciniano como sucesor, el Senado fue indiferente con la propuesta y los pretorianos aprovecharon para asesinar tanto a Galba como a su posible heredero. El Senado propuso, tal vez

³⁵ En época republicana, *Imperator*, se refiere a aquellos gobernadores provinciales que eran, a su vez, los máximos dirigentes del ejército de la provincia. Ya con Augusto, se asocia más a la figura del emperador, que siendo la máxima autoridad de Roma, era el máximo dirigente del ejército y acumulaba todo el poder.

³⁶ Establecidos con Augusto en el 27 a. C., constaban de nueve cohortes, de 500 o 1.000 hombres cada una, conocidas como *praetoriae cohortes*, encargados de velar por la seguridad del emperador y su familia, así como de reprimir disturbios y desactivar complots. Compuestos por ciudadanos romanos itálicos, en época de Vitelio el número de cohortes ascendió a 16, de mil hombres cada una. En muchas ocasiones, su apoyo fue crucial para que un aspirante al trono, consiguiera ser nombrado emperador, al mismo tiempo, que si no eran recompensados con el *donativum*, podían dar muerte a aquel que poco antes habían encumbrado. Debido a su cercanía al emperador, a veces se vieron inmersos en conjuras políticas.

³⁷ Los *donativa* eran entregas del emperador normalmente a la plebe o soldados como en este caso y casi siempre se efectuaban para mitigar la carestía de los precios, con motivo de alguna celebración oficial o para pagar la lealtad de las tropas.

sobornado, a Marco Salvio Otón, gobernador de Lusitania, frente a Aulo Vitelio, gobernador de Germania Inferior, quien había sido proclamado por sus legiones. Aunque Otón contaba con el apoyo de las provincias occidentales, en la decisiva batalla de Bedriaco (Cremona, Italia)³⁸, sus tropas sucumbieron frente al ímpetu de Vitelio, quien fue reconocido emperador por el Senado y cuya primera decisión, tal vez para salvaguardar su seguridad personal, fue la de retirar a los pretorianos del servicio activo.

Vespasiano, que había estado al corriente de la vertiginosa sucesión de acontecimientos, reconociendo primeramente a Galba como emperador y después a Otón, se encontró con el inesperado apoyo de sus legiones y las de Siria cuando Vitelio subió al poder. Vespasiano, contaba con el apoyo de siete legiones y de varios gobernadores provinciales, entre ellos Tiberio Julio Alejandro, el prefecto de Egipto y de Cayo Licinio Muciano, gobernador de Siria. Como no podía moverse de Judea a tenor de una nueva posible sublevación rebelde, mandó a Marco Antonio Primo, que junto con el apoyo de las legiones del Danubio, derrotaría a Vitelio de nuevo en Bedriaco, quién en vano intentó pactar con Vespasiano, que a su vez, se había trasladado a Antioquía primero y a Alejandría después. El Senado lo reconoció como nuevo emperador, y sólo la habilidad política del nuevo soberano evitó que su reinado fuera tan breve como el de sus inmediatos predecesores, privando a los gobernadores de las provincias de intentar volver sus ejércitos contra él y sofocando algunas ambiciones separatistas de algunos jefes galos romanizados, como Julio Sabino, Julio Clásico y Julio Tutor, quienes intentaron crear el llamado *Imperium Galliarum* junto con el apoyo del jefe bático Julio Civil que finalmente acabaría con la intervención de Petilio Cerial, legado de Vespasiano, quien sin grandes dificultades y aplicando tanto la diplomacia como el enfrentamiento directo, conseguiría de nuevo rápidamente restablecer la paz en la zona.

Pero lo que realmente consolidaría en el poder al flamante y nuevo emperador, serían los éxitos militares, no solo por alcanzar la gloria personal que ensalzara su posición, sino también para mantener ocupadas a las legiones en vista de posibles motines o revueltas, más si tenemos en cuenta la inestabilidad anterior en el que los ejércitos hacían y deshacían emperadores a su antojo. Por ello, Vespasiano, necesitaba rápidamente una guerra, y la iba a encontrar de nuevo en Judea, a quien la Guerra Civil le había privado de poner fin a la misma. Aunque casi toda la provincia estaba de nuevo bajo dominio romano, quedaba aun su capital, Jerusalén, y algunas fortalezas rebeldes que debían de ser sometidas. Por lo tanto, la principal tarea era tomar la ciudad para acabar con el núcleo de la rebelión y después terminar con los últimos reductos de resistencia.

³⁸ En Bedriaco se dieron dos batallas a lo largo del año 69. La primera, celebrada el 14 de abril, enfrentó a los ejércitos de Otón y Vitelio, que finalizó con victoria del segundo, provocando poco después el suicidio de Otón. La segunda, más decisiva para el destino posterior del Imperio, tuvo lugar el 24 de octubre, entre el propio Vitelio y Vespasiano, si bien Vespasiano, en Judea aun, mandó a su legado Marco Antonio Primo al frente de la batalla. La victoria final de Vespasiano, puso fin a la Guerra Civil y al llamado “año de los cuatro emperadores”, inaugurándose una nueva época con el advenimiento de la dinastía Flavia.

V. EL ASEDIO DE JERUSALÉN DEL AÑO 70

A pesar de la obligada tregua que Vespasiano tuvo que acometer con motivo de la Guerra Civil en la que él mismo acabó siendo el vencedor vistiendo el manto púrpuro, los rebeldes de Jerusalén desaprovecharon la ocasión de unir sus fuerzas contra Roma. En efecto, la situación en la capital de Judea, distaba de ser la idónea y se habían producido diversos enfrentamientos con abundante derramamiento de sangre, provocando una especie de guerra civil entre los distintos partidarios en vez de prepararse en aguantar el más que inminente asedio. Por un lado estaba Eleazar ben Simeón, el principal jefe de los zelotes en Jerusalén hasta la llegada de Juan de Giscala, quien no estaba dispuesto a servir bajo las órdenes de Juan, nuevo en la ciudad y más joven que él. Eleazar dominaba a los hombres de Juan ya que se encontraba en el Templo en una posición ventajosa pese a su inferioridad numérica manteniéndolos a raya, pero a su vez, Juan de Giscala tenía que hacer frente a Simón bar Giora, que tras realizar algunas correrías por Galilea e Idumea, había llegado a la capital con los brazos abiertos con la esperanza de liberarse de la actitud extremista de Juan de Giscala, pero pronto mostró ser igual o peor, con lo que el pueblo, esperando deshacerse de un tirano, se encontró con dos, luchando entre sí a pesar de que consideraban ambos a los ricos y aristócratas como el enemigo común. A fin de debilitarse mutuamente, Juan y Simeón no encontraron nada mejor que prender fuego a los enormes almacenes de grano de la ciudad, en donde estaban las reservas de víveres acumulados con vistas al asedio, con el objetivo de evitar que los otros se adueñaran de ellos: “Todos los alrededores del Templo fueron presa del fuego, la ciudad quedó convertida en campo yermo librado a las peleas intestinas y ardió todo el trigo, que pudiera haber bastado para muchos años a los asediados”³⁹.

Los romanos, en cambio, tenían ya entre ceja y ceja Jerusalén. Vespasiano, que en Alejandría había conocido, mediante la aprobación del Senado, su coronación como emperador, pensaba ya volver a Roma, con lo que el asedio no iba a ser dirigido por él, sino que encomendó la responsabilidad a su hijo Tito, quien con veintinueve años de edad ya contaba con una notable experiencia en el campo militar. Tito dispuso de cuatro legiones para el asedio, la *Legio V Macedonica* cuyo legado era Sexto Vetuleno Cerealis, la *Legio X Fretensis* dirigida por Aulo Lancio Lépidio Sulpiciano, la *Legio XV Apollonaris* cuyo mando estaba bajo Marco Tittio Frugi y la *Legio XII Fulminata* quien quizás, no lo sabemos con certeza, el legado fuera Cesenio Galo, el mismo que estaba al frente del desastre de Beth Horon. Esta última, a pesar de sufrir el famoso revés, había sido recompuesta y restituida afirmando Flavio Josefo que estaban sedientos de venganza. Aparte de las cuatro legiones, que se encontraban incompletas en número debido a las bajas en las campañas anteriores⁴⁰, Tito contaba con *vexillationes* de la *Legio III Cyreniaca* y de la *Legio XXII Deiotariana*, aproximadamente 2.000 hombres,

³⁹ F.J., *Bell Iud.*, V, 25. También Tácito, en *Hist.*, V, 12, nos habla de las luchas internas existentes entre las distintas facciones. Tacito. *Historias* (Madrid: Cátedra, 2006).

⁴⁰ Como es natural, durante el transcurso de la Gran Rebelión Judía, el número de soldados por cada legión fue disminuyendo, por ello, Tito, tuvo que contar con apoyos de otras legiones y también con la ayuda del prefecto de Egipto, Tiberio Julio Alejandro, que fue, al igual que Flavio Josefo, un antiguo judío.

estacionadas en Egipto al mando del prefecto Tiberio Julio Alejandro; unos 3.000 mil hombres procedentes de Syria, quizás procedentes de la *Legio III Gallica* y la *Legio VI Ferrata*; el apoyo de los príncipes clientes Agripa II, Soemo de Emesa y Antíoco de Comagene y ocho *alae*⁴¹ de caballería auxiliar y veinte cohortes de infantería. El número total, con muchas incógnitas, se podría establecer entre unos 40.000 a 60.000 hombres si contamos los esclavos del ejército y de seguidores de los campamentos.

En lo referente a las fuerzas rebeldes, Flavio Josefo calcula exactamente su número, 23.400 en total. El grupo más importante estaba compuesto por 10.000 hombres al mando de Simeón bar Giora a los que habría que sumar 5.000 idumeos aliados. Este grupo dominaba toda la Ciudad Alta y la Ciudad Baja al sudeste del Templo. El segundo grupo en importancia, era el de los zelotes de Juan de Giscala cuyo número ascendía a 6.000 hombres que ocupaban la zona exterior del Templo y el resto de la Ciudad Baja. Finalmente, escindido del grupo de Juan de Giscala y prácticamente marginados, estaban los hombres de Eleazar ben Simeón, unos 2.400, que se había hecho fuerte en el interior del Templo, pero que posteriormente fue neutralizado y absorbido por Juan de Giscala cuando en la fiesta de Pascua, aprovechando que Eleazar había abierto las puertas del atrio del Templo para los visitantes, él y sus hombres se camuflaron y entraron con armas ocultas para caer sobre Eleazar por sorpresa. Cogidos de improviso, se sintieron demasiado débiles para resistir y entregaron a Juan el atrio del Templo, con ello, solo quedaron dos facciones, la de Juan y la de Simeón, que estaban casi más pendientes de enfrentarse entre sí, que de detener el asedio romano.

Pero antes de entrar en los pormenores del asedio, es preciso conocer la configuración de Jerusalén para conocer mejor el proceso. Si nos atenemos al relato de Flavio Josefo⁴², la ciudad se encontraba entre dos colinas, la del este bastante menos elevada que la del oeste, además de estar rodeada por barrancos infranqueables y grandes hondonadas. En la época del asedio, la mayoría de la población estaba situada en la colina más baja, conocida como Ciudad Baja, proceso de ocupación que había comenzado ya en la época del Antiguo Testamento. Pero lo más imponente de la ciudad, eran sus murallas, imponentes y muy difíciles de penetrar. De afuera hacia adentro, es decir, comenzando desde la parte exterior, tenemos la llamada tercera muralla, que era la más reciente, comenzando a erigirse en época de Agripa I hacia el año 41 o 42 d. C., destinada a proteger el barrio nuevo de Betzatá, situado en la Ciudad Nueva, cuya construcción quedó interrumpida para no levantar sospechas a las autoridades romanas, y que en estos momentos aun no había sido terminada y además era de menor calidad que las dos murallas más antiguas. Parece ser que justo antes del asedio, se reanudaron los trabajos con el fin de acabarla, pero no dio tiempo ya que según Flavio Josefo⁴³, la ciudad habría sido totalmente inexpugnable puesto que ningún artefacto habría podido rebasar los bloques de piedra de diez por cinco metros que la formaban. Mención especial merece

⁴¹ Las *alae* o ala, según Polibio, era un término designado a la caballería que se alineaba tanto a la derecha como la izquierda de la legión. En época imperial, cada *alae* se constituía por unos 500 hombres bajo el mando de un *praefectus alae* de orden equestre. También existían *alae* de 1.000 hombres denominadas *miliarae*.

⁴² F.J., *Bell Iud.*, V, 136-183.

⁴³ *Ibid*, V, 153.

la llamada Torre Psefino, situada en el ángulo noroeste, justo detrás de la tercera muralla, en cuya proximidad establecería Tito su campamento. La segunda muralla, situada detrás de la tercera y menos extensa, fue levantada en la época asmonea, debido al ensanchamiento de la ciudad hacia la colina oeste, mucho más extensa. En su interior se encontraba la Fortaleza Antonia, rodeada de cuatro torres en sus ángulos, construida por Herodes bajo patrocinio de Marco Antonio, cuyo nombre se debe a él, justo al lado de la parte noroeste del Templo. La primera muralla, del que aun no se ha descubierto su totalidad, de al menos siete metros de espesor, englobaba al resto de la ciudad, es decir la parte de la Ciudad Alta y la Ciudad Baja y la mitad del Templo, ya que la parte norte de la muralla, en un terreno nivelado, nacía cerca del acceso al mismo. En la parte noroeste de la muralla y extendiéndose hacia el sur, se encontraba el espléndido Palacio de Herodes rodeado en su parte norte de tres torres que recibieron el nombre de Hípico, en honor a un amigo, Fasael, el nombre de su hermano y Mariamme, el de su esposa. El resto de la primera muralla, se alzaba sobre grandes precipicios, lindando al este con el valle del Cedrión y al oeste y sur con el valle de la Gehena. Además, la Ciudad Alta y la Ciudad Baja debieron de estar separadas por un muro interior que nacería en la parte norte de la primera muralla y finalizaría en el ángulo suroeste de la misma. Por último, estaba el Templo, que en sí constituía una magnífica fortaleza, remodelado por Herodes, que supuso uno de los bastiones de resistencia más enconados frente al empuje de las fuerzas romanas, pero, como veremos más adelante, finalmente acabaría destruido.

La aproximación a Jerusalén se hizo desde varios frentes. Concretamente desde el oeste, llegaron las legiones *XII Fulminata* y *XV Apollonaris* al mando de Tito y la *V Macedonica* desde Emaús. La excepción fue la *Legio X Fretensis* que venía desde Jericó con el propósito de encontrarse a las puertas de Jerusalén con las otras tres legiones. Las legiones no avanzaban en orden de batalla, ya que la posibilidad de encontrar al enemigo en campo abierto era muy baja. No obstante, se movían con cautela bajo las estrictas órdenes de Tito y sus oficiales. El orden de marcha era bastante parecido al que Vespasiano realizó en el asedio de Jotapata. A la vanguardia iban los auxiliares y tropas aliadas en formación cerrada, pero muy probablemente llevando como pantalla piquetes de caballería y grupos de arqueros, así como infantería ligera encargados de explorar el terreno por si hubiera algún tipo de emboscada. Inmediatamente detrás, se encontraban los oficiales y soldados responsables de planificar e iniciar la construcción del campamento de marcha para pasar la noche. A continuación iba el convoy de provisiones de los oficiales, seguido por Tito y su estado mayor, entre ellos Tiberio Julio Alejandro antiguo prefecto de Egipto, custodiados por sus *singulares*⁴⁴ y de ciento veinte jinetes que tenía cada legión. Después, avanzaba otro convoy con las piezas de artillería para el asedio, y, a continuación, muy posiblemente los jefes de las unidades auxiliares y tropas aliadas juntos, con el propósito de que a Tito le fuera más fácil

⁴⁴ Eran un cuerpo de caballería e infantería reclutado entre las tropas auxiliares de cada provincia, que en un principio se encargaban de proteger a los diferentes cargos provinciales, ya fueran gobernadores de rango consular o pretoriano, prefectos, legados o procuradores, pero que en el siglo I de nuestra era se constituyeron en un cuerpo militar de élite cuya función básica era proteger la figura del emperador o de alguno de sus hijos o posibles sucesores. Su número era variable y estaban comandados por un centurión de legión que recibía el nombre *praepositus* o *curam agens*.

dictarles órdenes. Detrás iban las legiones, cada una con su emblema del águila, seguidas por su séquito de esclavos y las provisiones. Finalmente, en la retaguardia, el resto de auxiliares y tropas aliadas.

A finales de marzo o a principios del abril del 70, Tito y sus legiones llegaron a las puertas de la ciudad. El futuro emperador, escoltado por seiscientos jinetes que probablemente serían sus *singulares*, hizo un reconocimiento con el propósito de juzgar el ambiente que se respiraba dentro de la ciudad, que por fin se había calmado tras las disputas entre las distintas facciones. Sin casco ni armadura, en paralelo a las murallas, efectuaron la maniobra, pero en un momento dado, por sorpresa, un grupo de rebeldes realizó una salida que pilló por sorpresa al propio Tito, que gracias a que un puñado de hombres se quedaron con él para protegerlo, los demás habían huido pensando que todos hacían lo mismo, salió ileso⁴⁵.

Al día siguiente, las legiones empezaron a establecer sus campamentos, no sin antes preparar el terreno para su asentamiento haciendo desaparecer los desniveles existentes talando los árboles de alrededor y desbrozando la campiña de las inmediaciones con vistas al asedio. Las legiones *XII Fulminata* y *XV Apollonaris* levantaron sus campamentos en el monte Scopus, que estaba aproximadamente a una milla al norte de Jerusalén, mientras que la *Legio V Macedonica* hacía lo mismo pero unos centenares de metros más atrás. La *Legio X Fretensis*, aislada del resto, acampó en las inmediaciones del monte de los Olivos, un poco más arriba del valle del Cedrón, pero cuando aun no había terminado los trabajos, súbitamente los judíos organizaron un ataque combinado cruzando el valle el Cedrón y pillando por sorpresa a la legión⁴⁶. Muchos legionarios huyeron despavoridos mientras otros, a las órdenes de centuriones y oficiales, apenas pudieron formar una línea de contención frente al ataque sorpresa. Tito fue avisado de la escaramuza y corrió presto junto con sus *singulares* a sofocar la escaramuza consiguiendo que los que habían huido regresaran a apoyar a los demás. A continuación, Tito cargó con su caballería hacía el flanco de los rebeldes. Los jinetes romanos, muy superiores a los jinetes judíos, consiguieron hacer huir a éstos y obligaron al resto de los judíos regresar por donde vinieron. Finalmente, viendo que el peligro había pasado, Tito ordenó reanudar la construcción del campamento, estableciendo una fuerza de cobertura formada por cohortes auxiliares y otros soldados de refuerzo, pero hubo de nuevo otra oleada rebelde de tal ímpetu, que Tito se vio obligado a luchar cuerpo a cuerpo a la cabeza de sus tropas y uniéndose de nuevo la legión que había empezado a seguir con el levantamiento del campamento, finalmente consiguieron detener el ataque y reunió de nuevo la fuerza que hacía de cobertura permitiendo a los legionarios regresar y completar por fin la construcción del campamento.

A la vez que se realizaban los trabajos de construcción y asentamiento de los diferentes campamentos romanos, un hombre iba a tomar ahora protagonismo: Flavio Josefo. El antiguo prisionero, liberado por un indulgente Vespasiano y que se había granjeado la

⁴⁵ F.J., *Bell Iud.*, V, 47-66.

⁴⁶ *Ibid*, V, 71-97.

amistad de Tito, iba a ser usado como instrumento de guerra psicológica. En efecto, los romanos, antes de realizar cualquier tipo de asedio, primeramente instaban a los asediados a que se rindiesen, procediendo, como es natural, a pasar al ataque si la respuesta era negativa. Normalmente, el comandante en jefe, en este caso Tito, debería de ser el que instara a la rendición de los rebeldes judíos, pero en esta ocasión no sería así. Tito, inteligentemente, y sabiendo que el asedio podría ser largo y costoso, tenía como gran baza a Josefo, primeramente por ser anteriormente uno de ellos y segundo, porque hablaba la misma lengua y su elocuencia podría resultar muy útil. Además, sabía, en mayor parte, lo que estaba sucediendo en la capital, tomada por dos facciones en las que tendrían sometidos al resto del pueblo, harto ya del desarrollo de la guerra y de estar bajo a las órdenes de los dos cabecillas presentes, Juan de Giscala y Simeón bar Giora. En estas condiciones y como solución para evitar el conflicto armado, Tito ordenó a Flavio Josefo que fuera el encargado de dar el discurso a los sitiados. La primera arenga pareció que iba a tener algo de resultado, pero demostró ser inocua, ya que aunque al día siguiente aparecieron rebeldes apostados sobre las murallas pidiendo la paz de forma empecinada, prometiendo a los romanos que les abrirían las puertas si llegaban a un acuerdo. Sin embargo, resultaría ser una treta gestada por los rebeldes, ya que simultáneamente, un grupito que simulaba ser extremistas expulsados de la ciudad, consiguió atraer a un destacamento romano hasta quedar al alcance de los proyectiles que se arrojaban desde lo alto de la muralla, causando numerosas bajas entre los romanos en su intento de huir cuando habían descubierto el engaño. Al enterarse Tito del suceso, éste montó en cólera con los supervivientes por haber actuado sin previa orden, pensando en castigarlos severamente con su vida para que los demás tomaran ejemplo, pero la actuación de los demás soldados implorando clemencia a los posibles condenados, hicieron recapacitar al futuro emperador de que la ejecución de los soldados no sería la mejor opción, no solo por diezmar a las tropas, sino por no ver menoscabada su reputación, con lo que al final, suponiendo que ya había quedado clara la importancia de mantener una estricta obediencia, les perdonó la vida.

Hubo una segunda intervención de Josefo, igualmente infructuosa, cuando de nuevo Tito hizo una misión de reconocimiento para, según Josefo, para entablar negociaciones de paz con los sitiados⁴⁷, pero su amigo, el tribuno Nicanor, fue alcanzado por una flecha en el hombro izquierdo. Tito, viendo que Josefo no conseguía convencer a los sitiadores pasó ya a la acción, ordenando a tres de sus legiones, excepto la *Legio X Fretensis*, que seguía acampada en el monte de los Olivos, que se desplazaran del monte Scopus y acamparan más cerca de la ciudad en su lado occidental. Como anteriormente se hizo, se montó un campamento con las legiones *XII Fulminata* y *XV Apollonaris* a un cuarto de milla de las murallas y la *V Macedonica* se apostó más al sur, cerca del Palacio de Herodes. Flavio Josefo, se dio cuenta que los sitiados habían constituido un frente común, a pesar de sus diferencias, y que contaban con el apoyo de la población restante, pertrechada detrás de la ciudad al mando de sus dos gran jefes. Contra eso, era inútil instar la rendición de manera pacífica.

⁴⁷ *Ibid*, V, 26

Por fin, comenzaba el asedio propiamente dicho. Tito, antes de desencadenar el asalto a la tercera muralla, la exterior, se volvió a acercar a caballo con sus *singulares* para examinar el lugar más adecuado en donde empezar a abrir la brecha. Ese lugar fue en los alrededores de la tumba del Sumo Sacerdote Juan Hicarno, no demasiado lejos de la actual Puerta de Jafa. Los legionarios despejaron el terreno adyacente con el fin de prepararlo para que las máquinas de asedio pudieran maniobrar y recogieron toda la madera posible para su construcción. Como es lógico, los sitiados intentaron por todos los medios frenar, a través de proyectiles disparados con escorpiones y balistas conseguidas durante la guerra, los trabajos de los legionarios mientras que éstos, para salvaguardar el trabajo de sus compañeros, hacían lo mismo intentando despejar a los rebeldes de las murallas también a base de proyectiles. El intercambio favoreció a los romanos, que a pesar de sufrir algunas bajas, pudieron seguir adelante con sus trabajos. Flavio Josefo⁴⁸ cuenta que el intercambio de proyectiles no resultó favorecedor a ninguno de los dos bandos y que los sitiados podían prever el lanzamiento de las piedras de las catapultas, por ser estas demasiado claras, lo que daba tiempo a que se apartaran de la trayectoria y se escondieran. Los romanos, dándose cuenta de ello, las pintaron de un color oscuro, con el propósito de que fueran más difíciles de advertir y causar más bajas. Pero este tipo de intercambios, a pesar de que los romanos llevaban ventaja, no era suficiente para abrir una brecha en la tercera muralla, hacía falta algo más que eso.

La técnica más usada para los asedios por asalto en cuanto a abrir brecha en las murallas, era, sin duda, la del ariete. Terminados los trabajos de despeje del terreno para que las máquinas pudieran acercarse a la muralla, a través de la construcción de rampas, una por cada legión, lo que hacía un total de tres, era ya hora de probar su fiabilidad. Aparte, se construyó una torre de asedio por cada una de las legiones, con el objetivo de que arqueros y escorpiones pudieran disparar contra cualquier defensor situado en el parapeto de la muralla a la misma altura cuando llegase el momento. Calculando la distancia hasta los muros mediante una plomada⁴⁹ para confirmar que las rampas estuvieran ya listas, las legiones acercaban los arietes y las torres de asedio desde una posición segura para evitar que los rebeldes pudieran destruir alguna de ellas. Antes de que el ariete diera el primer golpe a la muralla, los romanos instaron por última vez a que los judíos se rindieran, ya que una vez dado el golpe, ya no habría marcha atrás. Como no hubo una respuesta positiva, el ariete dio la primera embestida, lo que provocó que los sitiados enseguida arrojaran desde la muralla todo tipo de proyectiles a la vez que se abalanzaban en pequeños grupos a romper los manteletes que protegían a los arietes. En una de estas escaramuzas, ya cuando uno de los arietes de la *Legio XV Apollonaris* empezaba a hacer mella en la muralla, fue tal el ardor mostrado por los sitiados hacia los romanos, que a punto estuvieron de echar a perder todo el trabajo

⁴⁸ *Ibid*, V, 258-274.

⁴⁹ La groma romana, consistía en 2 brazos de un metro de longitud, cruzados perpendicularmente. Estos brazos iban atados a una tabla que se balanceaba fijada a un cuerpo de madera, compensando así la groma para facilitar su empleo. Junto al pie del operario estaba el *ferramentum*, un “pie de hierro”, que tenía cuatro grandes alas para dotarla de estabilidad, y una punta aguda al final para clavarla en el suelo si era necesario. Del final de cada uno de los cuatro extremos colgaba una cuerda con o sin plomada. Había una quinta plomada que iba atada al *umbilicus soli*, el centro de la cruz, y servía para situar el instrumento sobre el punto base para la medición.

realizado hasta entonces por las tropas romanas. Gracias a la impetuosidad de Tito y a las *vexillationes* procedentes de las legiones egipcias, la *III Gallica* y la *XXII Deiotariana*, pudieron detener esta salida, consiguiendo solo un prisionero, pero el suficiente como para crucificarlo y mostrar a los rebeldes el destino que les esperaba si osaban desafiar a Roma. A pesar de ello, el gran ardor mostrado por los rebeldes en su salida, hizo mella en los romanos generando cierto nerviosismo, que se acrecentó esa misma noche cuando sin causa aparente, una de las torres de asedio se vino abajo. A pesar de ello, el ímpetu romano no se vino abajo, y siguieron intentando abrir una brecha hasta que finalmente, uno de los arietes consiguió hacerlo. Los rebeldes, presa del pánico, recularon atrás, pensando que la muralla ya no era defendible, con lo que se retiraron hacia la segunda muralla. Habían pasado quince días de asedio hasta que por fin los romanos pudieron avanzar. Entretanto, Tito mandó demoler gran parte de la muralla junto con otras estructuras y edificios de este sector de la ciudad con el objetivo de que las tres legiones acampasen en ella.

Caída la muralla exterior, los romanos prepararon el asalto a la segunda muralla. Los judíos, detrás de la muralla, seguían defendiéndose con un valor y arrojo dignos de admiración, como si aun pensaran que podían repeler a los romanos, dispuestos a morir por sus jefes, en especial por Simeón bar Giora, y mostrando la extraordinaria tenacidad ante la adversidad, que Flavio Josefo, conocía bien. Pero esto no bastó, a pesar de la resistencia que encontraba, ya que Tito consiguió solo en cinco días, tras haber sido objeto de un conato de trampa en la que un tal Cástor y unos hombres, implorando falsamente piedad contra los sitiadores, intentaban atraer a los soldados con el objeto de lanzarles piedras, abrir una brecha en una de las torres. Entró con sus *singulares* y mil legionarios al interior de la ciudad sin encontrar al principio apenas oposición, sin embargo, se olvidó de dar la orden de que los legionarios ensancharan la brecha, y cuando Tito y sus hombres fueron atacados por los rebeldes dentro de las estrechas calles de la ciudad, llenas de artesanos y tenderos a lo que magnánimamente Tito dejó con vida, tuvieron muchísimas dificultades para retroceder y retirarse ya que la estrechez de la brecha a la vez les impedía salir o que los refuerzos entraran en su ayuda. Al final, tuvieron que escapar de allí a la desesperada mientras que los judíos taponaban la brecha con los cuerpos de los caídos. Pero la alegría de los rebeldes duró solo tres días, ya que al cuarto, un segundo ataque romano hizo ceder de nuevo la muralla y esta vez sí que se ordenó que los legionarios la derribaran además de edificios adyacentes para poder maniobrar con mayor seguridad. La segunda muralla había caído también.

Quedaba aun la primera muralla, pero no solo era este obstáculo el que separaba a los romanos de la victoria final, sino que aun quedaba por tomar la Fortaleza Antonia, y sobretodo el Templo, que sería, sin duda, el último foco de resistencia judía antes de que la ciudad cayera totalmente en manos romanas. Tito, inteligentemente, sabiendo que aun quedaba la fase más difícil del asedio, ordenó que las tropas pudieran descansar y recuperarse. Para animar a sus soldados y también para mostrar a los rebeldes el poderío y grandeza de Roma en una actitud más psicológica que beligerante, Tito ordenó que ya era el momento de que los soldados recibieran la paga, más si cabe cuando estos cobrando tres veces al año, enero, mayo y septiembre, aun no habían recibido el pago en

el momento del derribo de la segunda muralla a principios de junio, con lo cual existía retraso en el mismo, de forma que al efectuarse, relanzaría la moral de cara al asalto final. Normalmente la paga se hacía de una manera discreta, pero en esta ocasión, Tito mandó realizar una ceremonia especial para su distribución, dándole solemnidad al acto ordenando que todo el ejército se desplegara a la vista de los asediados. Los soldados rivalizaban en cuanto al abrillantamiento de la armadura y sus armas, mientras que los hombres de caballería lucían sus mejores galas y arneses desfilando a la vista de los sitiados, quienes con mezcla de admiración y de espanto, contemplaban atónitos semejante espectáculo. Este ceremonial significaba para los romanos un orgullo para sí mismos y sus unidades, así como la obtención de la merecida recompensa por prestar servicio militar, pero en cambio, para los rebeldes, se trataba de una demostración de fuerza y poderío del ejército romano. El espectáculo duró cuatro días, el tiempo que se tardó en pagar a todos los soldados de las diferentes legiones.

Antes del asalto final, Tito, por última vez, delegó a Flavio Josefo la tarea de hacer rendir a los sitiados en vista de la demostración del poderío romano con el ceremonial de la entrega de la paga y porque gran parte de la ciudad estaba bajo dominación romana. En esta ocasión, el discurso de Josefo se atiene a tres premisas: primero, asegurar la salvación de los rebeldes judíos y del Templo, segundo, la incontestable superioridad militar romana y el tercero, de orden teológico, hacerles creer que Dios no está con ellos por sus pecados y que ahora sus prodigios los hace a favor de los romanos, exhortando a sus compatriotas a arrepentirse, para que así Dios los perdone. Incluso va más allá, ofrece su vida y la de su familia a cambio de que cesen las hostilidades⁵⁰. Parece ser que a una parte de la población les convenció, pero a los zelotes no, que incluso le arrojaron una piedra que impactó en la cara del historiador de la guerra, quedando inconsciente. Solo la rápida actuación de los legionarios, evitó que los judíos se lo llevaran al interior de la ciudad. Ante esta respuesta, Tito sabía lo que tenía que hacer.

La última fase del asedio comenzó con la construcción de rampas de asalto contra la Fortaleza Antonia, custodiada por los hombres de Juan de Giscala, y una prolongación de la primera muralla, situada en la Ciudad Alta en cuya defensa estaba a cargo Simeón bar Giora. La *Legio V Macedonica* y la *Legio XII Fulminata* levantaban las rampas contra la fortaleza, mientras que la *Legio X Fretensis*, que había ya abandonado su campamento del monte de los Olivos, y la *Legio XV Apollonaris*, hacían lo mismo contra la muralla. Pese a la gran altura tanto de la fortaleza como de la muralla, los romanos consiguieron, tras diecisiete días de duros trabajos, completar las rampas pese a las sucesivas incursiones que realizaban los judíos, que siendo capturados y crucificados o mutilados y devueltos a la ciudad, no cejaban en su empeño de impedir la construcción de las distintas rampas. Pero la merecida alegría romana por haber terminado en tiempo récord, quedó rápidamente disuelta cuando en un alarde de astucia, Juan de Giscala y sus hombres, que habían perforado un túnel desde la fortaleza hacia las rampas, apuntalándolo con puntales de madera recubiertos de betún y a cuyo alrededor se había apilado material combustible, prendieron fuego al mismo cuando las

⁵⁰ F.J., *Bell Iud.*, V, 419.

obras acabaron, provocando su hundimiento y en consecuencia, de la rampa construida, que resultó ser abrasada. Dos días después, Simeón bar Giora emuló a su rival cuando él y sus hombres hicieron una salida e incendiaron las rampas que se encontraban en su sector provocando el pánico en las filas romanas, hasta que Tito y sus *singulares*, que se habían desplazado desde hasta las inmediaciones de la fortaleza Antonia para evaluar los daños, pudieron regresar y cargar contra la infantería judía que sufrió grandes bajas en su retirada a la ciudad.

A pesar de la dura preparación psicológica de los romanos, éstos se vinieron abajo en vista del que el gran esfuerzo realizado para realizar las rampas de asalto había sido en vano. Tito, consciente de la gravedad de la situación, se reunió con los oficiales superiores para poder dar solución al problema. Se barajaron dos propuestas, ambas extremas: la primera, un asalto inmediato a gran escala y con todo el ejército, que a pesar de que podría dar una victoria aplastante también se corría el riesgo de fracasar, con lo que definitivamente la moral de los soldados se hundiría, y segundo, rodear con una muralla toda la ciudad, y esperar que los sitiados murieran de inanición o de hambre, solución que a Tito le disgustaba por considerar que no era la forma más honorable de vencer. Finalmente, se adoptó una solución intermedia que uniría a las dos propuestas, es decir, se seguiría con el asalto, pero a la vez se construiría una *circunvallatio*⁵¹ alrededor de la ciudad para asegurar su bloqueo hermético y así los sitiados no pudieran salir y tampoco recibir algún tipo de ayuda desde fuera. La tarea de la construcción de esta *circunvallatio* conllevaría muchos días, e incluso algunos meses, pero las arengas de Tito hacia sus hombres hicieron mella, y en un esfuerzo de coordinación lleno de admiración, en la que cada legión y cada subunidad se ocupaban de un tramo, visitando regularmente Tito los grupos de trabajo para animarlos, en tres días, un tiempo récord, se consiguió rodear toda la ciudad.

Después de la construcción de la *circunvallatio*, la situación en el interior de la ciudad no hizo más que empeorar, ya que el hambre era de tal magnitud que incluso Juan de Giscala tuvo que usar el aceite y vino sagrados con fines profanos para evitar tal desesperación,⁵² y muchas víctimas inocentes, sobretodo mujeres y niños, morían, apilándose los cadáveres de tal forma, que cuando el hedor se convirtió en insoportable, se empleó el tesoro público para enterrarlos⁵³. Muy pronto los cadáveres eran tan numerosos que no hubo otra solución que lanzarlos a las hondonadas que rodeaban la ciudad, en donde Tito, observando tan lamentable espectáculo, se exhortaba a sí mismo toda culpa de ello. Pero en el lado romano, tampoco la piedad era un don atribuido a los legionarios. Algunos desertores judíos, a sabiendas de que ya estaba todo perdido abandonaban la ciudad y desertaban, pero al caer en manos romanas, su final era atroz por el simple hecho de que se tragaban monedas de oro para evitar que estas cayeron en uno o en otro bando, y los legionarios, junto con algunos auxiliares egipcios y sirios,

⁵¹ La *circunvallatio* es una línea de fortificación que tiene como objetivo rodear a una ciudad para que ésta no pueda recibir ayuda logística, víveres o efectivos de fuera, con el propósito de que la rendición de la misma se produzca por hambre, hacinación, sed o proliferación de enfermedades.

⁵² F.J., *Bell Iud.*, V, 562-566.

⁵³ *Ibid*, V, 518.

enterados de ello, iban en su busca y les abrían el vientre en busca de las mismas. Tito, horrorizado cuando se enteró, causalmente casi siempre tarde, prometió buscar a los culpables, culpables que supuestamente nunca aparecieron y que seguían practicando tales barbaridades, sacrificando muchas veces a las víctimas en vano, ya que en su interior no encontraban el oro deseado⁵⁴.

Terminada la *circunvallatio*, Tito hizo construir nuevas rampas de asedio frente a la Fortaleza Antonia. Debido a la devastación de toda el área circundante, la madera hubo de traerse desde una distancia de más de once millas para su construcción. Tras veintiún días de trabajo se acabaron las obras, a pesar de que los judíos con Juan de Giscala al frente intentaban dificultar, cada vez con menos vigor y por la mayor vigilancia romana, los trabajos preparatorios. Una vez terminada la rampa de asedio, los arietes empezaron a golpear, sin mucho éxito al principio, los muros de la fortaleza, pero el continuo envite de los mismos propició que la parte batida se desplomara por sí sola, quizás con la añadidura de que los túneles realizados por los hombres de Juan se desplomaran en ese momento. Tras esto, una enorme brecha se abrió, pero cuando los romanos se dispusieron a atravesarla, se encontraron con un nuevo muro, levantado a toda prisa, que impedía el acceso al patio exterior del Templo. Esto desmoralizó a las tropas, a las que Tito de nuevo tuvo que arengar prometiendo recompensa al primer hombre que llegara a lo alto del parapeto. Solo una docena de auxiliares, liderados por un tal Sabino, se dispusieron a la acción, pereciendo él mismo junto con tres de sus compañeros. Se esperaba que los demás siguieran de ejemplo, pero no lo hicieron, hasta que dos noches más tarde, un pequeño grupo de unos veinte o treinta soldados ascendieron por propia iniciativa eliminando a los centinelas. Tito, enterándose de lo sucedido, y sacando partido del éxito, envió a sus hombres hacia el patio del Templo, en donde hubo un combate nocturno del que nadie saldría vencedor hasta que finalmente ya amanecido, los rebeldes consiguieron hacer retroceder a los romanos.

Tras este retroceso, los romanos pensaron que la mejor forma para llegar a los aledaños del Templo era de nuevo construir terraplenes, cuyos materiales, de nuevo, hubieron de traerse a gran distancia. Mientras tanto, Tito envió a Flavio Josefo con un mensaje dirigido a Juan de Giscala desafiándole formalmente que se presentara y aceptara el combate. También parece ser que se les ofreció de nuevo una honrosa rendición con tal de salvar el Templo, siendo rechazada otra vez, con lo que de nuevo, se dispuso al ataque del patio exterior a pesar de que las rampas aun no se habían terminado. Para ello, Tito formó una fuerza de asalto especial que puso bajo el mando de Sexto Vetuleno Cerealis, el legado de la *Legio V Macedonica*, compuesta de unidades de mil hombres mandadas por un tribuno y cuyos miembros se contaban entre los treinta legionarios más valientes de cada centuria. El ataque se produjo por la noche, pero tras la sorpresa inicial, los rebeldes, cada vez en mayor número, se apilaban para luchar en el patio exterior, conteniendo a los romanos quedando el encuentro en empate.

Finalizadas por fin las rampas, los arietes de asedio llegaron a la muralla exterior del Templo, y durante seis días, sin resultado alguno, intentaron abrir brecha, ya que los

⁵⁴ *Ibid*, V, 560-561.

formidables bloques de piedra aguantaban bien, a la vez que, como ya iba siendo costumbre, los rebeldes importunaban el ataque. Mientras tanto, la lucha continuaba en el patio exterior, incendiando ambos bandos secciones del pórtico para convertir sus posiciones inexpugnables a los ataques. En una fingida retirada de los rebeldes del pórtico occidental, los romanos cayeron en una trampa, ya que en el momento en el que éstos se precipitaron por este punto, el pórtico, que previamente había sido llenado de betún y madera seca, empezó a arder, provocando muchas bajas romanas que perecieron bajo las llamas o fueron muertos o capturados por el enemigo. Viendo que los arietes no doblegaban aquellas majestuosas murallas, se intentó tomar el muro exterior mediante escaleras de asalto. Los judíos les esperaban en lo alto, y precipitaron al vacío a cuantos iban subiendo además de capturar algunos estandartes. En los días siguientes, Tito ordenó incendiar otras secciones del pórtico exterior, pero sin resultados.

Una vez fallido este intento, Tito se reunió con sus oficiales para dilucidar un asalto final y decidir la suerte del Templo si éste caía. Algunos oficiales estaban dispuestos a que se destruyera ya que era el símbolo del último bastión rebelde y del ardor nacionalista del pueblo judío, otros, opinaban que había que mantenerlo en pie, si sus defensores se rendían⁵⁵. Según Flavio Josefo, Tito estaba dispuesto a salvarlo, ya que su belleza era tal que hacía honor al Imperio Romano⁵⁶. Reanudada la lucha, de nuevo en el patio exterior, la ferocidad fue tal que Tito y sus *singulares* tuvieron que intervenir para que la línea de infantería romana no se hundiera. Poco a poco, los romanos ganaron terreno en el patio exterior, obligando a los rebeldes a recular hacia el patio interior, que a su vez estaba rodeado por una muralla en sus cuatro costados que formaban una segunda línea defensiva en caso de perder el patio exterior. En un momento indeciso de la lucha, un soldado, sin esperar ninguna orden, arrojó dentro de la cámara del Templo, una antorcha encendida, lo que provocó un incendio que en pocos momentos pasó a ser incontrolable. Tito, que lo último que deseaba era que el Templo sufriera daños, enseguida quiso detener el incendio, organizando grupos de bomberos, pero lo cierto es que muchos legionarios romanos se mostraron reacios a apagarlo, preocupándose solo de saquear lo que había en el interior. Esperando al menos, salvar la parte interior del Templo, mandó a un centurión y a sus hombres que apagasen el fuego y emplearan la fuerza contra quien desobedeciera, pero fracasó en el intento. Algunos en vez de apagarlo, lanzaron más antorchas, ansiando destruir el recinto sagrado del enemigo, enemigo que había luchado con ellos con gran determinación. Era el día 9 de *ab* en el calendario judío, finales de agosto, día de infausto recuerdo para los judíos ya que también se conmemoraba la destrucción del primer Templo en manos de Nabucodonosor.

Pero si con la destrucción del Templo, parecía que la sed de venganza y muerte que los romanos tenían había desaparecido, nada más lejos de la realidad. Muchos judíos civiles, sin armas y agotados por el hambre, fueron degollados si importar si eran niños, sacerdotes o ancianos⁵⁷. Mientras tanto, Juan de Giscala y los zelotes, pudieron escapar

⁵⁵ *Ibid*, VI, 237-243.

⁵⁶ *Ibid*, VI, 241.

⁵⁷ *Ibid*, VI, 271.

a la Ciudad Alta. Poco después, recuperado ya un cierto orden después de la brutal matanza, las legiones, para celebrar la toma del Templo, izaron sus estandartes y desfilaron en el patio exterior del mismo, realizando un sacrificio y proclamando *Imperator* a Tito.

Juan de Giscala y Simeón bar Giora, en un último intento, reconociendo la superioridad romana y que todo estaba perdido, parecieron estar dispuestos a negociar. Tito, recurriendo a un intérprete que no era Josefo, les echó un largo discurso, hablando de la ingratitud que tenía el pueblo judío respecto a los romanos y de que no hubieran sido lo suficientemente inteligentes como para ver entablado conversaciones de paz anteriormente. Los rebeldes querían abandonar la ciudad para refugiarse en el desierto con mujeres y niños e incluso no querían entregar sus armas, porque habían jurado no rendirse jamás. Tito no pudo transigir esta propuesta y no perdonaría ya a nada ni a nadie.

En vista de que no habría rendición, para la toma de la Ciudad Alta, once días después de la destrucción del Templo, fue necesario construir rampas de asedio en las que se tardaron dieciocho días en realizarlas. Se levantaron en la esquina noroccidental de la Ciudad Alta, cerca del Palacio de Herodes y en la nororiental cerca del lugar llamado Xisto. Pero a pesar de la tardanza en levantarlas, la moral de los rebeldes era muy baja, y más cuando los muchos idumeos mandados por Simeón bar Giora, intentaron desertar en masa sin éxito. Los soldados penetraron en la Ciudad Alta sin mayores problemas, ya que los sitiados apenas opusieron resistencia, y saquearon las calles, matando e incendiando todo a su paso. Los pocos sobrevivientes o fueron ejecutados, enviados a las minas o reservados para los combates de gladiadores, o huyeron hacia las cuevas situadas en las cercanías. De los dos líderes, Juan de Giscala y Simeón bar Giora, al primero le fue perdonado la vida por sus súplicas y condenado a cadena perpetua y al segundo, que intentó huir bajo excavando una galería subterránea, fue apresado y convertido en cautivo para el posterior desfile militar en Roma, donde acabaría siendo estrangulado, según la tradición. De la ciudad, el Templo había sido destruido y solo quedaba en pie las tres torres del Palacio de Herodes, las de Hípico, Fasel y Mariamme, como memorial y fortuna de la grandeza de la antigua ciudad y algunas partes de las murallas. De la cifra de muertes, Josefo da una cifra muy elevada, un millón cien mil, y de los prisioneros, muchos fueron vendidos como esclavos, los más débiles fueron abatidos y los jóvenes y vigorosos serían llevados a Roma. La *Legio X Fretensis* se convertiría en la guarnición de la ciudad tomada y el asedio se dio por finalizado con un desfile formal celebrado por Tito para agradecer y recompensar a sus hombres y valor, después hubo un festín que duró tres días. A pesar de asestar un gran golpe a la Gran Rebelión capturando la capital, Jerusalén, ésta aun no se podía dar por finalizada del todo, ya que quedaban algunas fortalezas rebeldes en donde los judíos opondrían su última resistencia.

VI. CELEBRACIONES Y POSTERIOR TRIUNFO EN ROMA

Dejando confiada Jerusalén a la *Legio X Fretensis*, Tito se dirigió a Cesarea Marítima en donde se depositó el botín y se custodió a los prisioneros judíos antes de la partida hacia Roma. De las restantes legiones, mandó a la *Legio XII Fulminata*, antes acantonada en Siria, a Melitene, cumpliendo aun el castigo por la deshonra de Beth-Horon, mientras que las otras dos legiones, la *Legio V Macedonica* y la *Legio XV Apollonaris* acompañarían a Tito hasta que se embarcara a Roma, para posteriormente dirigirse a sus destinos de Moesia y Panonia respectivamente. Después de ello, se dirigió a Cesarea de Filipo en donde organizó espectáculos gladiatorios debido a la gran cantidad de prisioneros judíos existentes haciéndolos luchar entre sí o con las fieras. Posteriormente, regresa de nuevo a Cesarea Marítima, volviendo a celebrar juegos y espectáculos en honor a su hermano Domiciano con motivo de su cumpleaños (24 de octubre del 70), acto que repite de nuevo cuando viaja a Berito, actual Beirut, en esta ocasión por el natalicio de su padre Vespasiano (17 de noviembre). Tras una prolongada estancia en la ciudad, Tito se dirige a Antioquía en una especie de marcha triunfal, en donde en todas las ciudades que estaban de camino fueron obsequiadas con espectáculos gladiatorios en los cuales los prisioneros judíos eran obligados a matarse entre ellos en combates de gladiadores.

Cuando llegó a Antioquía, la situación en la ciudad distaba de ser pacífica. Los paganos, deseaban desembarazarse de los judíos existentes, que tenían carta de ciudadanía con el mismo título que los griegos y conquistaban gran número de adeptos. Antíoco, un antiguo judío, para incitar su cólera, les instó a hacer sacrificios a divinidades paganas, a los que lógicamente, los judíos rechazaron, con lo que fue interpretado como falta de sensibilidad y civismo, acarreando como consecuencia numerosas matanzas. Además un incendio que devastó a la ciudad, fue atribuido también a los judíos con lo que su odio hacia ellos fue aumentando. Esto fue lo que se encontró Tito en la ciudad, en donde notó que en las aclamaciones del pueblo celebrando su triunfo, también se mezclaban gritos hostiles hacia los judíos. Al día siguiente, en el teatro de la ciudad, el Senado y los notables le presentan una solicitud de expulsión de la ciudad, a lo que Tito se niega a conceder⁵⁸, mostrando así que a pesar de la Gran Rebelión, el poder romano se sitúa aun como el garante de los privilegios judíos en los conflictos que surgen entre éstos y las poblaciones helenizadas.

Una vez abandonada Antioquía, Tito se dirige a Zeugma, junto al río Eufrates, y recibe allí a los enviados del rey parto Vologeses I, quienes le traen un presente en reconocimiento de su victoria ante los judíos. Después, se dirige hacia el sur, atravesando la península del Sinaí en dirección a Egipto, no sin antes de pasar de nuevo por Jerusalén, ahora en ruinas, en donde según Flavio Josefo, se compadeció de la destrucción de la ciudad, maldiciendo a los responsables del estallido de la revuelta que había valido tal castigo a la ciudad⁵⁹. Llegará a Menfis y posteriormente a Alejandría donde allí, dejó que partieran la *Legio V Macedonica* y la *Legio XV Apollonaris* a sus

⁵⁸ F.J., *Bell Iud.*, VII, 109-110.

⁵⁹ *Ibid*, VII, 112-113.

respectivos lugares, mientras él se dirigía a Roma. El viaje a Roma es contado no solo por Flavio Josefo, sino también por Suetonio, detallando este último las sucesivas escalas del mismo⁶⁰ y relatando como en su llegada a Roma, a mediados de junio del 71, el emperador Vespasiano quedó sorprendido por la rapidez del viaje, como si Tito tuviera ciertas ambiciones. Sobre este punto, la versión de Josefo difiere, alegando que Tito fue aclamado por el fervor popular al igual que anteriormente lo fue su padre, en donde no solo las gentes de Roma salieron a su encuentro, sino que el mismo emperador se presentó ante su hijo, aumentando así la gloria y prestigio del vencedor de Judea⁶¹.

El desfile triunfal por las calles de Roma, en el que Flavio Josefo estuvo presente en primera plana, comenzó ya de madrugada, en donde la gente se empezó a agolpar en los lugares de paso del cortejo. Estando amaneciendo aparecieron Vespasiano y Tito, vestidos de seda púrpura y coronados de laurel, y posteriormente asistió Domiciano, el hijo menor de Vespasiano, pero relegado a un segundo plano. Salieron del templo de Isis, situado en el Campo de Marte, y seguidos de un gran despliegue de tropas, se dirigieron hacia los paseos de Octavia, donde se encontraban los senadores y caballeros. Entre aclamaciones del gentío situado allí, padre e hijo, se sentaron en una tribuna con asientos de marfil para la ocasión. Poco después, y tras una breve alocución imperial, se ofreció un sacrificio a los dioses, cuyas estatuas se levantaban cerca de la Puerta Triunfal, entre el Capitolio y el Tíber. Mas tarde, el cortejo se abrió en dirección al Capitolio, en cuyo desfile se presentaron animales exóticos, trofeos de guerra de oro, como la mesa de los panes de la proposición y el candelabro de los siete brazos y también algunos rollos de la Torá, preciosas telas de púrpura o bordados para tapicerías y sobretodo, los prisioneros, entre los cuales se encontraba Simeón bar Giora. Pero quizás lo que llamó mas atención fue una serie de decorados móviles en donde se escenificaban episodios de la Guerra Judía, en donde se plasmaban las máquinas de asedio abriendo grandes murallas gruesas, al ejército rompiendo el interior de las fortificaciones, el Templo incendiado, judíos suplicando piedad o enemigos que huían o eran llevados a la cautividad. Finalmente, el culmen del festejo, fue la ejecución de jefe enemigo, Simeón bar Giora, a las puertas del templo de Júpiter Capitolino, reconstruido tras un incendio ocasionado por los enfrentamientos entre Vitelio y Vespasiano, de tal modo que cuando se anunció su muerte, la gente estalló de júbilo. El día del triunfo terminó con nuevos sacrificios y un banquete oficial en el que el emperador reunió a sus allegados y a las gentes más notables de Roma.

Con esta victoria y posterior desfile triunfal, el emperador Vespasiano consideró que la reconquista de Judea y Palestina era ya un hecho, incluso acuñó moneda en honor a tal victoria, con la leyenda “Iudaea Capta” y además, a partir de entonces, ordenó que la contribución anual de medio siclo que todos los judíos del mundo entregaban al Templo antes de su destrucción, fuera ahora destinada a una nueva caja imperial, el *Fiscus Iudaicus*, y entregadas al templo de Júpiter Capitolino. También emprendió la construcción del Arco de Tito conmemorando la victoria de su hijo y contribuyó a un

⁶⁰ Suet., *Tito*, V. En Suetonio. *Vida de los Doce Césares* (Madrid: Espasa Calpe, 2007).

⁶¹ F.J., *Bell Iud.*, VII, 163-174.

programa de reformas del centro de Roma, que había sido devastada por el fuego en el año 64 y por los grandiosos proyectos de Nerón.

VII. LOS ÚLTIMOS FOCOS DE RESISTENCIA JUDÍA: HERODIÓN, MAQUERONTE Y MASADA

Sin duda, Vespasiano, con buena fe, creyó que la Gran Rebelión había finalizado definitivamente, pero la situación en Palestina aun no daba pie a que realmente se diera por terminado el conflicto. Tito, en cambio, aunque sabía que con la caída de Jerusalén prácticamente había terminado con el conflicto, antes de volver a Roma, dejó como gobernador de rango pretorio⁶², con el objetivo de terminar con los últimos focos rebeldes, a Sexto Vetuleno Cerealis, el antiguo legado de la *Legio V Macedonica*, del que por desgracia, no sabemos nada de su gobierno en Judea en el breve tiempo que estuvo, lo que nos hace pensar que no hubo ningún tipo de hostilidades, hasta que a mediados del 71, fue reemplazado por Sexto Lucilio Basso, quien ahora era el legado de la *Legio X Fretensis*, en sustitución de Aulo Lancio Lépido Sulpiciano.

Inmediatamente, Sexto Lucilio Basso, se propuso acabar con la resistencia judía pendiente, compuesta exclusivamente por rebeldes sicarios, que se concentraba principalmente en las grandes fortalezas que Herodes el Grande mandó construir cuando era rey, dentro de un entramado defensivo y de comunicación de grandes dimensiones, que como consecuencia de ello, y de su cercanía, resultaban de un vital punto estratégico en donde poder, en caso necesario, defenderse y aguantar un asedio largo si las circunstancias así lo requerían. La primera fortaleza a la que el nuevo gobernador fijó su mirada fue la de Herodión, situada a tan solo unos 12 kilómetros al sur de Jerusalén, pero ya dentro del abrupto y compartimentado desierto de Judea. Flavio Josefo nos hace una descripción de la misma⁶³, diciendo que se asienta sobre una colina artificial hecha por la mano del hombre y fastuosamente amueblada como palacio cuyo acceso se realiza a través de doscientos escalones de piedra labrada. A pesar de poseer cisternas, el agua se debía de traer desde gran distancia. Con la *Legio X Fretensis*, Basso tomaría la fortaleza de manera relativamente sencilla ya que no disponemos de datos suficientes del asedio perpetrado por los romanos, con lo cual, nos hace pensar que fue bastante rápido. Tras la toma de Herodión, el siguiente objetivo, sería Maqueronte, fortificada originariamente por Alejandro Janeo y reforzada por Herodes tras la destrucción llevada a cabo por Gabinio. Sexto Lucilio Basso, atravesó el río Jordán y se dirigió al borde del Mar Muerto, hacia las estribaciones montañosas del sur de Perea, que lindaba con el reino de Nabatea, para poder llegar a la fortaleza. Protegida por una doble muralla y rodeada de barrancos profundos, estaba mejor defendida naturalmente que Herodión, y preparada para soportar un asedio prolongado. En efecto, Basso, consciente de ello, se decidió a sitiaria con el objetivo de conquistar y destruir la fortaleza, situada en su parte más alta, ya que era perfectamente apta para poder acoger

⁶² Después de la Rebelión Judía, se instaura, tras el paréntesis de los procuradores romanos (44-66 d.C.), un gobernador de rango senatorial, *legatus augusti pro praetore*, al igual que en la provincia de Siria.

⁶³ F.J., *Bell Iud.*, VII, 28.

a miles de judíos que pudieran resistir firmemente frente a cualquier invasor fuera o no romano. Construyó una rampa de asedio, mientras que los judíos, situados en la parte alta y que habían expulsado a los extranjeros, probablemente nabateos, a la ciudad baja, realizaban algunas incursiones inesperadas para retrasar el trabajo de la misma. En una de ellas, fue capturado Eleazar ben Yair, miembro de una distinguida familia y Basso, le amenazó con la crucifixión a la vista de los sitiados, que reaccionaron pidiendo que se respetara la vida de Eleazar, a cambio de la entrega de la fortaleza y de que los romanos les dejaran salir libremente. Los extranjeros confinados en la ciudad baja, al no formar parte del acuerdo, trataron de huir por la noche, pero fueron denunciados por los judíos y para que no cayeran en sus manos, hubieron de abrirse paso luchando contra los romanos, que dieron muerte a 1.700 de ellos y esclavizaron a las mujeres y los niños. Respecto a los judíos, el pretor al final cumplió el acuerdo y les dejó marchar entregándoles a Eleazar, tras lo cual, ordenó destruir la fortaleza, dejando sólo los cimientos.

Ya solo quedaba la fortaleza de Masada, bajo mando sicario desde el 66 tras la muerte de Menajem (ver nota 7), pero cuando Sexto Lucilio Basso se dispone a ir a su encuentro, cae gravemente enfermo y fallece. Le sucederá Lucio Flavio Silva⁶⁴ quien ya en el 73 o 74⁶⁵ se hace cargo como legado de la *Legio X Fretensis* con el propósito de que en el tiempo lo más brevemente posible asedie Masada, y de una vez por todas, acabe con cualquier conato de resistencia judía. Masada, fundada por Jonatán Macabeo en el contexto de la revuelta judía contra el Imperio Seleúcida y reconstruida por Herodes el Grande hacia los años 36-30 a. C., se encontraba situada en el territorio de Idumea, cerca a la orilla oeste del Mar Muerto,alzada a una altura de unos 600 metros sobre el nivel del mar. Rodeada de majestuosos precipicios y fuertes pendientes, su situación topográfica la convertía en un auténtico baluarte en caso de que sucediese algún tipo de revuelta. En efecto, Herodes la reconstruyó con un doble objetivo según Flavio Josefo⁶⁶: ponerse a salvo en caso de que recibiera algún golpe de Estado, ya que su carácter de extranjero no le hacía precisamente ganarse el favor del pueblo judío, y el temor de que la por entonces reina de Egipto, Cleopatra, convenciera a Marco Antonio de que depusiera a Herodes y anexionara Judea a Egipto. Para ello, el rey judío dotó a la

⁶⁴ De Flavio Silva, cuyo nombre completo era *Lucius Flavius Silva Nonius Bassus*, apenas sabemos nada de su juventud hasta que entró en el escenario de la Rebelión Judía, sustituyendo a Sexto Lucilio Basso en las operaciones llevadas a cabo contra los últimos focos de la resistencia judía. Fue gobernador de Judea desde el 73 al 81 y justo después nombrado cónsul. De su muerte, existen indicios de que fuera asesinado por orden de Domiciano, ya que parece que representaba una amenaza para el nuevo emperador. Con su asesinato, sus logros fueron borrados de los archivos, con lo que cayó en la denominada *damnatio memoriae*.

⁶⁵ Siempre se ha aceptado que la fecha de la toma de Masada fue en abril del 73, pero el profesor Werner Eck sostiene, gracias a unas inscripciones epigráficas aparecidas en el lugar de nacimiento de Flavio Silva, que éste fue enviado a Judea el calidad de gobernador en el año 73 después de haber sido elevado al rango de patricio. Esto contradice la versión de Flavio Josefo que sitúa el acontecimiento antes de los disturbios de la comunidad judía de Alejandría. No hay unanimidad al respecto, por lo que cualquiera de las dos fechas podría ser la correcta, si bien algunos autores, como Ayaso (1990), creen que podría haber sido en el 74 debido al desinterés romano por terminar una guerra, que desde la toma de Jerusalén, estaba prácticamente finalizada.

⁶⁶ F.J., *Bell Iud.*, VII, 28.

fortaleza de un lujoso palacio, construyó un muralla de seis metros de altura por cuatro de anchura que rodease la totalidad de la cima, destinó un parte de la superficie de la meseta al cultivo que se almacenaría para asegurarse una buena reserva de víveres, solucionó el problema del abastecimiento de agua con la construcción de cisternas en la roca en donde un acueducto transportaba el agua hacia las mismas desde arroyos cercanos y también dotó de un arsenal con todo tipo de armas, capaces de pertrechar a 10 mil hombres. Por último, el acceso a la fortaleza era casi imposible, ya que la misma naturaleza se había encargado de hacerlo así, pero existían dos caminos, al oeste, custodiado por una gran torre que distaba de unos 500 metros de la fortaleza, y al este, el conocido “camino de la serpiente”, cuya pronunciada pendiente, estrechez y las muchas vueltas que da a la manera de culebra, dificultaba muchísimo un asalto frontal.

Con estas premisas, los romanos se enfrentaban casi a una misión imposible, pero gracias a la táctica, la tecnología y a la estrategia del propio legado, podrían hacer frente al propósito de conseguir caer la prácticamente inexpugnable fortaleza.

En cuanto a los efectivos, desafortunadamente, no conocemos con exactitud los mismos. Del bando romano, sabemos que el grueso del ejército estaba formado por la *Legio X Fretensis*, que muy posiblemente aun no dispondría de todos los efectivos de los que se compondría una legión, por haber participado en el asedio de Jerusalén y en la captura de Herodión y Maqueronte. Además, disponía de cuatro cohortes auxiliares, una *praetoria*, otra *equitata*, otra *miliaria* y la última desconocida⁶⁷, y dos *alae* de caballería, lo que daría un número aproximado de 7.000 u 8.000 hombres, junto con varios millares de prisioneros judíos que servían de porteadores de agua, comida y madera. En cuanto a los rebeldes, parece ser que estos no llegaban ni siquiera a mil, unos 960, incluyendo tanto a sicarios como a ancianos, mujeres y niños bajo el mando de Eleazar ben Yair, acogido como un héroe tras su huída de Maqueronte, pero tenían la gran ventaja de su posición estratégica y de la disposición de armas y sobretodo víveres y agua, que descartaba a todas luces un asedio por hambre o sed.

Flavio Silva, emulando a Tito en Jerusalén, ordenó construir una *circunvallatio* con el objetivo de bloquear la fortaleza y prevenir posibles fugas. Para ello, los romanos levantaron ocho campamentos, dos principales y seis auxiliares, que los estudios arqueológicos enumeraron por las letras del abecedario, es decir, desde la A hasta la H, siendo el B, dedicado a funciones administrativas y el F, donde se dirigirían las operaciones de asedio, situado en la cara occidental de Masada, los dos principales, donde se cobijaría la *Legio X Fretensis*, mientras que el resto de campamentos serían

⁶⁷ Las cohortes en su origen eran unidades auxiliares de infantería ligera, compuestas de unos 500 hombres proporcionadas por los aliados (*socii*) y mandadas por un prefecto de la comunidad originaria. Se convirtió en la unidad táctica de la legión en sustitución de los manipulos, excesivos en número y demasiado pequeños. A partir de entonces, cada legión estaba compuesta por 10 cohortes, que en época de César se constituían por unos 480 hombres. Cada cohorte constaba de tres manipulos y cada manipulo se componía de dos centurias. En época imperial, las cohortes podían dividirse en *miliares* (compuestas por 1.000 hombres), *quingenarias* (de 500 hombres), *equitatae* (compuesta de caballería e infantería) y *praetoriae* (guardia personal del emperador con la función de protegerlo a él y a los miembros de la familia imperial, pero en este caso sirven de escolta al legado de la *Legio X Fretensis*, Flavio Silva, y también probablemente encargada de la guardia del *praetorium* o centro de mando).

destinados a las cohortes auxiliares y a las *alae* de caballería, cuyas funciones básicas eran protegerse los unos a los otros, vigilar las posibles vías de escape de los rebeldes y de apoyar a los grandes campamentos B y F en caso de posibles escaramuzas de los sitiados. Levantados básicamente de piedra, que era cortada directamente de la roca de los acantilados, pues escaseaba la madera, fueron unidos entre sí mediante un muro, salvo en las partes donde había alguna barrera natural, con 14 torres intercaladas a intervalos de 75 a 100 metros, lo que hizo un total de una circunvalación de unos 3,5 km, que pudo haber sido levantada en el plazo de unos 10 días.

Tras la finalización de los trabajos, Flavio Silva decidió que la única vía de asalto era el camino situado al oeste, bajo la torre, donde había un promontorio que venía a quedar a unos 150 metros del nivel de la meseta conocido como el “Espolón Blanco”. Desde este punto, se comenzó la construcción de una rampa de asedio, de unos 100 metros de ancho en la base, que pronto alcanzó una altura también de unos 100 metros, aun insuficientes para alcanzar la meseta. Entremedias, los romanos recibían ataques desde el interior de Masada, pero no realizaban escaramuzas, debido a su escaso número ya que si fallaban podrían ser prácticamente exterminados, y porque también en la realización de la rampa, trabajaban prisioneros judíos, lo cual sus paisanos se habrían mostrado reacios a atacar a los suyos. Muchas semanas después, la rampa estaba casi finalizada, con una pendiente de más del 30% de desnivel, lo que dificultaba la labor de subir maquinaria de asedio, pero seguía aun estando por debajo del nivel, que se salvó con la construcción de una plataforma de roca de una anchura de 25 metros por otros tantos de altura, que se utilizaría como sólido apoyo para la utilización de una torre de asedio de 30 metros de altura revestida de hierro, para protegerse del fuego y de los proyectiles de los sitiados. En su interior, se acomodaría un ariete, en el piso inferior, mientras que en la parte alta estaría ocupada por las balistas y los escorpiones.

En abril del 73 o 74, antes del verano, que Flavio Silva quería evitar a toda costa por las duras condiciones climatológicas de aridez y sequía, estaba por fin todo listo. Los romanos, subieron la torre por la rampa hasta la base de la muralla enemiga, donde empezó a trabajar el ariete a la vez que la artillería de la torre despejaba las almenas de defensores. Al poco tiempo, el ariete consiguió abrir una brecha en el muro, pero cuando los romanos se dispusieron a entrar, descubrieron que los rebeldes sicarios habían levantado una muralla de emergencia compuesta de tierra y madera principalmente, en donde el ariete no podía realizar su trabajo ya que los golpes eran amortiguados por la arena, que además se prensaba y daba cohesión al muro. Entonces, el legado, ordenó lanzar proyectiles incendiarios consiguiendo que el muro de emergencia comenzase a arder, pero, en un momento dado, un fuerte viento del este estuvo a punto de empujar el fuego provocado hacia la torre de asalto, pero finalmente e inesperadamente, el viento volvió a soplar en la dirección opuesta, hacia el oeste, volviendo el fuego sobre el muro, que terminó siendo reducido a cenizas. Esto fue interpretado tanto por romanos como por sicarios como una señal divina, aumentando la moral de los primeros mientras que los segundos, veían como Dios les había abandonado por sus múltiples pecados. Los romanos se retiraron para dar el asalto definitivo al día siguiente, mientras que los sicarios esa noche se reunieron para decidir por sus vidas. Exhortados por la elocuencia de Eleazar ben Yair, finalmente deciden

suicidarse y dar su vida antes que caer en manos romanas para ser reservados a los juegos de gladiadores, sus hijos esclavizados y sus mujeres violadas, quemando previamente un una gran pira sus objetos de valor y dejando las provisiones intactas atestiguando que la razón de la muerte no fuera por hambre sino por tomar esa resolución⁶⁸.

A la mañana siguiente, cuando los romanos entraron en la fortaleza, el espectáculo era dantesco, todos los habitantes de Masada estaban muertos a excepción de dos mujeres y cinco niños, que se habían refugiado para huir de la matanza, y fueron los que relataron a los romanos lo sucedido durante la noche. Con la toma de Masada, se concluye finalmente la Gran Rebelión Judía, si bien en Alejandría y en sobretodo en Cirene⁶⁹, se produjeron aun algunos disturbios al mando de un sicario, Jonatán, que fue capturado por Cátulo, gobernador de Libia, obligándolo a confesar que había sido sobornado por unos notables judíos ricos, con el propósito de confiscar la fortuna de éstos, y entre ellos, aparecía el nombre de Flavio Josefo, que finalmente fue absuelto por Vespasiano debido a falta de pruebas.

⁶⁸ F.J., *Bell Iud.*, VII, 252-406. El autor explicita el relato de la caída de Masada.

⁶⁹ *Ibid*, VII, 409-442.



BIBLIOGRAFIA

- Anglim, S, et alii: *Técnicas bélicas del Mundo Antiguo (3000 a. C- 500 d. C.): Equipamiento, técnicas y tácticas de combate*. Madrid: Libsa, 2007. (Traducción de Antonio Rincón).
- Ayaso Martínez, J. R.: *Judaea Capta: La Palestina romana entre las dos guerras judías (70-132 d. C.)*. Navarra: Verbo Divino, 1990.
- Bravo, G.: *Historia de la Roma antigua*. Madrid: Alianza Editorial, 2005.
- Castel, F.: *Historia de Israel y de Judá: desde los orígenes hasta el siglo II d. C.* Navarra: Verbo Divino, 2005.
- Cordente Vaquero, F.: *Poliorcética romana. 218 a. C- 73 p.C.*. Madrid: Universidad Complutense, 1992.
- De Lange, N.: *El pueblo judío: odisea a través de los siglos*. Barcelona: ed. Folio, 1994.
- Edmondson, J., Mason, S., y Rives, J., (ed.): *Flavius Josephus and Flavian Rome*. Oxford: Oxford University Press, 2005.
- Gallego, H.: “Mesianismo y lucha político-social en Palestina bajo la dominación romana (63 a. C- 132 d. C.)”, en *El Mesianismo en el cristianismo antiguo y en el judaísmo*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 2000. pp. 63-85.
- Goldsworthy, A.: “Un joven César: Tito y el asedio de Jerusalén”, en *Grandes generales del ejército romano: campañas, estrategias y tácticas*. Barcelona: Ariel, 2005, pp. 339-368.
- Hadas-Lebel, M.: *Jerusalem against Rome*. Leuven: Peeters, 2006.
- Jacobo Pérez, A.: *Auctoritas et maiestas: Historia, programa dinástico e iconografía en la moneda de Vespasiano*. Alicante: Universidad, 2003.
- Johnson, P.: *Historia de los Judíos*. Barcelona: Zeta Bolsillo. 2006.
- Larraza, M.M. (ed): *Historia de Israel y del Pueblo Judío: guerra y paz en la Tierra Prometida*. Pamplona: EUNSA, 2010.
- Le Bohec, Y.: *El ejército romano*. Barcelona: Ariel, 2007.
- Perea Yébenes, S.: “Tito César: las vísperas de la púrpura” en *Res Gestae, Grandes generales romanos (I)*. Madrid: Signifer Libros, 2003, pp. 157-209.
- Rabello, J. M.: *The Jews in the Roman Empire: legal problems, from Herod to Justinian*. Aldershot: Ashgate, 2000.



- Rodríguez González, J.: *Diccionario de batallas de la historia de Roma (753 a.C.- 476 d. C.): (3.386 batallas libradas por los ejércitos romanos)*. Madrid: Signifer Libros, 2005.
- Rodríguez González J.: *Historia de las legiones romanas. Vol. 1*. Madrid: Signifer, 2001.
- Sacchi, P.: *Historia del judaísmo en la época del Segundo Templo: Israel entre los siglos VI a. C., y I d. C.*, Madrid: Trotta, 2004.
- Sáez Abad, R.: *La poliorcética en el mundo antiguo*. Madrid: Universidad Complutense, 2004.
- Soggin, J. A.: *Historia nueva de Israel. De los orígenes a Bar Kochba*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1999.
- Suárez Bilbao, F.: *De Jerusalem a Roma: la historia del judaísmo al Cristianismo (de 272 a. C. a 392 d. C.)*. Barcelona: Ariel, 2006.
- Yadin, Y.: *Masada. La fortaleza de Herodes y el último bastión de los zelotes*. Barcelona: Destino, 1977.